

© **Paco Ignacio Taibo II**
JULIO 2015

Esta publicación es financiada con recursos de la RLS con fondos del BMZ y Para Leer en Libertad A.C.

www.rosalux.org.mx
brigadaparaleerenlibertad@gmail.com
www.brigadaparaleerenlibertad.com

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez.
Diseño de interiores y portada: Daniela Campero.

EL ESTILO HÖLZ

PACO IGNACIO TAIBO II

PRÓLOGO

Hay personajes que nacieron para la ficción, pero como tienen que moverse en las miserias de lo cotidiano para encontrar un hueco en la historia, se inventan, se rehacen para la luz de la pantalla de cine, para la más alucinante página de la novela; para la más irreal, contradictoria y apasionada canción de gesta. Personajes a los que quedan cortos los escritos biográficos, todas las notas de pie de página, y por tanto se deslizan por sí mismos y sus tiempos hasta ganar el derecho a ser hoja de calendario mal impreso colocado sobre el fogón en hogar proletario, héroe de película muda que nunca será filmada, tema de conversación a la fantasmagórica luz del alto horno.

Max Hölz es, sin duda, uno de estos personajes, y como tal, no tiene pasado antes de su aparición en la página uno de una novela histórica. Nada hay sobre Hölz antes de 1918 que invite a creer que la infancia es el lugar donde los héroes se cultivan en macetas de miserias y sueños.

Nació en 1889 en Moritz (inútil buscar en el mapa), cerca de Riesa (tampoco el mapa resuelve), en la Sajonia alemana, hijo de una familia de obreros agrícolas que trabajaban en un molino. Max Hölz fue otro de los jóvenes alemanes que entraron con el fin de siglo en un mundo agrario y trataron de huir de él, sólo para ser atrapados por la sociedad industrial que pretendió moldearlos a golpes de martillo.

A los dos años, la familia, cargando con el joven vástago, se mudó a Hirschstein a la búsqueda de aires nuevos y sólo encontró aires más rancios, y trabajo de peones en las tierras de un latifundista. A los catorce años, Max

celebró el arribo a la adolescencia con una fuga del hogar que duró poco. Al mes regresó a la casa familiar gravemente enfermo, con un envenenamiento en la sangre que casi provoca que le tengan que amputar un brazo. Sin embargo, esta fuga inicial le revela su vocación de tráfuga, Max Hölz ya no podrá detenerse. Sus años de juventud hacen historias que pueden contarse sin dificultad y en las que no hay tragedia ni encanto, sólo vagabundeo constante. Un ir y venir por los empleos, las ciudades, los oficios, los destinos truncados. La supervivencia como sentido de la vida. Ni siquiera puede hacerse de una profesión.

Trabaja como sirviente en varios lugares de Sajonia. No hace el servicio militar por estar tuberculoso. Va a dar a Falkenstein, una villa industrial en el Vogtland que años después será escenario de sus mejores hazañas, pero que hoy se le presenta como un cementerio. Trabaja por las noches en un cine (¿ahí se fabrican los futuros sueños?). Más tarde será aprendiz de chófer. Luego, para seguir moviéndose, aceptará una proposición que termina llevándolo a Inglaterra. Todo es huir, cambiar de empleo sin encontrar oficio, cambiar de vida sin encontrarla. En Inglaterra se hace evangelista, probablemente por motivos estrictamente económicos. Se queda sin empleo fijo. Con un poco de suerte encuentra pequeños trabajos temporales en los que pule suelos y lava ventanas. Finalmente encuentra trabajo en una empresa de construcción de piezas de ferrocarril. En Chelsea asiste como estudiante externo a unos cursos de educación técnica para obreros. No los termina. El tiempo va pasando junto a él. En diez años ha huido de todas partes, ha tenido veinte empleos,

ha paseado su miseria por dos países. Ya no hay sueños. Poco antes de iniciarse la guerra mundial, Max regresa a Sajonia. Se establece en Falkenstein y se casa con Clara. Tiene veinticinco años. Cuando en 1914 se inicia la contienda, es un excelente candidato para ser ocupante de una más de las anónimas tumbas que habrán de ser cavadas en Francia al borde de una trinchera.

Los mismos que lo declararon inepto para el servicio militar por la tuberculosis, hoy lo reclutan de inmediato. La guerra traga todo, consume seres humanos, cosechas de trigo, toneladas de acero. Engulle todo lo que le permite mantener en activo la carnicería. Max tiene veintiocho años cuando en 1917 es destinado al frente occidental. Una buena edad para morir.

Como se ha visto, no hay biografía previa. No hay indicios de dónde saldrá la sobrehumana audacia, la habilidad para burlar la muerte jugando al escondite, la terquedad y la tozudez. Sólo los niños de la aristocracia y la pequeña burguesía ilustrada, y por razones diferentes, obtienen biógrafos que narren las hazañas de la infancia. En el mundo proletario no hay recuento de amores infantiles, de primeras locuras, de masturbaciones precoces o señas de heroísmo. No hay ni siquiera reloj que indique cómo el adolescente Hölz aprendió en la infancia el arte de la puntualidad en el encuentro con la revolución.

La historia empieza a los veintiocho años. La rutina de la masacre se rompe un día. Un oficial le ordena al soldado Hölz que mantenga bajo vigilancia, pero sin dirigirle la palabra, a un «traidor»; ese tipo que ha sido enviado al frente como prisionero porque se opone a la

guerra. Max incumple la orden. Unas primeras palabras con Georg Schumann y la conversación ya no puede detenerse. Georg es un socialista, editor de la *Leipziger Volkszeitung*, ansioso de romper el infierno de silencio al que ha sido condenado. Hölz lo coloca ante su pasado, Schumann lo reexplica, lo desenvuelve, le habla de leyes sociales, de clases, rompe con la buena y la mala suerte. Reinterpretada por Schumann, la historia de Hölz se vuelve parte de un paisaje público de explotación e injusticia social; la historia privada se vincula con la historia de los otros, con la gran historia de Alemania, con los accidentales desastres de la historia del vecino, con los fríos del compañero de turno, con las angustias del camarada que viaja con uno en el tranvía. Max se ve bombardeado por un alud de nuevas ideas.

Mientras tanto, en el frente oriental se producen acontecimientos que van a transformar la vida del soldado Hölz. En Rusia estalla la revolución. Febrero, octubre, soviets, obreros armados (¿cómo son las calles de Petrogrado? ¿Trotski tiene barba? ¿Qué dice exactamente el decreto sobre la guerra? ¿Van a tener capataces en las fábricas? ¿Son necesarios los chóferes en el socialismo? ¿Los porteros de los cines?). Schumann se las arregla para mantenerse informado y comparte con Max las gloriosas nuevas. Cuando la comprensión del mundo en que ha vivido se está reordenando en la cabeza de Max, el mundo exterior se vuelve loco. Se inicia la ofensiva del otoño del 18. Toneladas de obuses caen sobre las trincheras. Los cadáveres pasan ante él arrastrados por camilleros sonámbulos que chapotean en el lodo. Hölz es afortunadamente

alcanzado por una bala que lo hiere en un pie, y la herida permite que lo saquen de la carnicería y, su evacuación a un hospital en el sur de Alemania. Queda incapacitado para luchar, Max piensa que ha terminado su vida de soldado. No anticipa que esa incapacidad no le impedirá combatir militarmente otra guerra de carácter radicalmente diferente, que se iniciará en los siguientes años. Le dan una pensión de cuarenta marcos y lo envían a casa.

II

Su regreso de Alsacia hacia Sajonia coincide con el desmoronamiento de la monarquía alemana. El 4 de noviembre se inicia la revuelta de los marinos de Kiel, el 9 abdica el *káiser*. Entre estas dos fechas que señalan el comienzo de la revolución alemana de 1918, Hölz inicia el regreso al hogar. Viaja en un tren que es ocupado por millares de desertores. Tiene que meterse en el baño junto con otros compañeros para encontrar un lugar donde dormir y pasar las horas. El espectáculo en cada estación de los militares insurrectos lo va llenando de júbilo:

«Comencé a sentir el enorme poder de la multitud, que era capaz de marchar hacia adelante y actuar sin oficiales», escribiría años después. Quiere detenerse y compartir las tareas de derribar al viejo régimen, pero sabe que su esposa Clara se encuentra enferma y le urge llegar a Falkenstein. En las estaciones donde el tren se detiene, Hölz ve formarse los primeros Consejos de soldados: Frankfurt, Kassel, Halle...

Un Max Hölz derrengado y enfebreado llega a Falkenstein el 9 de noviembre de 1918 para dar inicio a una nueva historia. Antes de ir a su casa, en la estación del tren, pregunta si existe ya un consejo de obreros y soldados. Por esos rumbos nadie ha oído hablar de tal cosa.

Sin perder tiempo, Max hace carteles a mano convocando a una reunión para formar el consejo, los pega en la estación y en el ayuntamiento. Luego marcha a ver a Clara. En la tarde, respondiendo a su llamado, treinta soldados se reúnen; entre ellos el dirigente local del Partido Socialdemócrata Independiente Alemán (USPD), Storl. El consejo se integra, pero Max y Storl se enfrentan; ambos reclaman la iniciativa. Max por haber convocado al consejo, Storl por ser el presidente local del USPD. La reunión concilia y los nombra a ambos presidentes del Consejo de Obreros y Soldados. Exigen y obtienen una oficina en el ayuntamiento. Hölz se traslada a Leipzig con un grupo de hombres para conseguir armas. Obtiene de los miembros del Consejo local algunos rifles. Cuando regresa a Falkenstein, ha sido destituido por su copresidente. Pero Hölz es ya un nuevo personaje, de esos que, como dice Nazim Hikmet, han sido arrojados a la superficie desde el fondo del océano por la tormenta. Toda su energía tiene un sentido: la revolución. Si no lo quieren en el Consejo de Obreros y Soldados, hay otras muchas cosas que hacer. Se pone a disposición del diario del USPD, el *Vogtländische Volkszeitung*. Su trabajo es conseguir suscripciones.

De las que obtiene se le paga un mísero sueldo. Se traslada a Plauen, se afilia al USPD. Organiza mítines para la campaña electoral. Organiza secciones en los pueblos

de la comarca. Trabaja para una revolución que ha dejado de serlo. La revolución de los consejos se ha convertido en una democracia parlamentaria que negocia con el capital, pero no por eso hay que rendirse. Aunque la revolución se escurra, se le esté escabullendo, ocultando, escapando de las manos, como una esperanza hecha agua.

Los socialistas mayoritarios (SPD) la están escamoteando. Los consejos que ellos controlan ceden el poder a una república burguesa. En enero de 1919 se produce el primer gran enfrentamiento. El ala más radical del movimiento obrero se levanta en armas en Berlín. Los espartaquistas declaran la insurrección. Hölz se maldice, debería estar en Berlín y no en Sajonia. La revolución fracasa, Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht son asesinados. Hölz se enfurece, se enfrenta con los dirigentes locales del SPD, la discusión termina a golpes. No hay debate más convincente. De poco sirve: la revolución se ha perdido. Un socialista mayoritario, Ebert, es electo el 11 de febrero presidente del Reich, los socialistas son los cancerberos (los perros de caseta, si uno no es adepto a las fórmulas mitológicas tan en boga en esos días) de la república burguesa. Los socialistas independientes no se atreven a romper con ellos. Hölz busca desesperadamente un punto de apoyo. Le escribe a su amigo Georg Schumann, que se ha convertido en espartaquista; le pide que venga a Sajonia a hacer mítines. Quiere que le explique a la gente lo que él no puede explicar con claridad: que eso, esto, lo que hoy existe, tiene que ser destruido para dar paso a una república de trabajadores. No es el único que piensa así. En abril y mayo, comunistas, anarquistas, socialistas in-

dependientes, declaran la república de los consejos en el sur de Alemania, en Baviera. Pero esa revolución también muere ante las bayonetas de los ejércitos blancos y la complicidad del gobierno del SPD.

III

En la primavera de 1919, un Max Hölz buscando cada vez más un proyecto propio funda la sección local del Partido Comunista de Alemania (KPD) en Falkenstein. El KPD había nacido en los últimos días de 1918 fusionando a los espartaquistas y a los nuevos seguidores de la Revolución rusa. No es suficiente. Hölz se desespera, el KPD de Falkenstein tiene que actuar.

Max Hölz vuelve la vista en torno a sí. Contempla una zona industrial destruida, en quiebra, millares de obreros desocupados. En la región, tres o cuatro mil al menos. Es invitado a intervenir en un mitin de trabajadores despedidos. El ambiente es tenso. En ese invierno han muerto obreros de hambre y frío. Max invita a la acción directa, a pasar al combate, al lenguaje de los actos. De la palabra vertiginosamente transita a la organización de una manifestación en las puertas del salón donde se celebraba el acto. La marcha avanza sobre el ayuntamiento y lo toma. Se crea el Consejo de Trabajadores Desempleados de Falkenstein.

Se exige carbón, comida. Y se exige amenazando con tomarlos. El alcalde reacciona y pide ayuda militar a Dresde. Hölz es acusado de incitar al motín. Años más tarde diría: «Me vi obligado a intervenir más emocional que

radicalmente en acciones que estaban bastante alejadas de las tradiciones burguesas». No hay tal cosa; en esos llamados incendiarios, en anteponer la acción, se encuentra el nacimiento del «estilo Hölz». El ejército impone el estado de sitio, toma la ciudad, son detenidos varios miembros del Consejo de Desempleados. Hölz se escabulle, pero no se aleja demasiado. Nuevamente el «estilo Hölz». Siempre hay que estar cerca de donde la acción puede resurgir, en la huida siempre hay que mantener la vista y la distancia corta, no hay que alejarse de los compañeros, aunque sí de la policía. Toda una teoría de las distancias en esto de la lucha social. Las autoridades fijan una recompensa de dos mil marcos por la captura de Hölz. Max decide pasar al contraataque; a la cabeza de un grupo de desempleados que ha reunido precipitadamente, avanza cantando sobre el ayuntamiento que ha puesto precio a su libertad. En la puerta los soldados han montado un par de ametralladoras. Actuando como si el poder se encontrara en sus manos, Max le pide aclaraciones al oficial a cargo del estado de sitio, acusa al alcalde de haber inventado lo del motín, exige al ejército que abandone el pueblo, no hay razones para que Falkenstein se encuentre ocupado militarmente. El oficial desconcertado solicita dos horas para poder consultar con sus superiores. La multitud se ha reunido mientras tanto y ha cercado el ayuntamiento.

Hölz dirige un asalto que mucho tiene de operístico. Los obreros tiran al suelo las ametralladoras, fraternizan con los soldados, los rodean, y a varios les quitan los fusiles (¿de buena manera?, ¿sonriendo?, ¿haciendo válida la máxima de que la muchedumbre es sabia?, ¿o

dando con el codo y enseñando la culata de la pistola en el bolsillo?). El ejército se retira, el pueblo amotinado detiene al alcalde. Se exige la liberación de los miembros del Consejo de Desempleados, el alcalde es rehén de la petición. Desde las ocho de la mañana en que se produce la ocupación del ayuntamiento hasta las seis de la tarde en que liberan a los presos, los obreros son dueños de la ciudad. Se produce un empate y con él una tregua. El consejo se hace cargo de la distribución gratuita de carbón y comida a los desempleados, en colaboración forzosa con el ayuntamiento. Luego seguirán varias semanas de paz. Pero Hölz y sus muchachos van más allá y confiscan comida en los hogares de los patrones para distribuirla en las casas de los miserables. No basta. Hölz y los militantes del consejo comienzan a llevar la organización hacia los pueblos vecinos. Durante un mitin en Treuen, un viejo granjero se acerca titubeando a los oradores para pedir ayuda. Lo invitan a subir al estrado.

Narra que el propietario de la granja donde trabaja le rebajó el salario. Cuando protestó, el patrón contestó: «¡Ve y pídele a Hölz el dinero!». Max disfruta la respuesta del burgués. Esa misma noche le escribe una carta al terrateniente diciéndole que le entregue instantáneamente al mensajero diez mil marcos, dinero que será usado para aumentar el salario de sus peones; «le escribí que si desobedecía nuestras órdenes sacaríamos sus caballos de los establos, los venderíamos y usaríamos el dinero para pagar a sus peones. El latifundista envió el dinero de inmediato». A partir de esta experiencia deliciosa, Hölz y sus hombres comienzan a multar a los capitalistas de la

región con la amenaza de aplicarles la acción directa si no pagan. Con el dinero obtenido se financia el reparto de comida para los desocupados. Las cocinas colectivas florecen en la región de Vogtland. Grupos de revolucionarios recorren las casas de los obreros despedidos entregando dinero, carbón, ropa y comida. Se reparten cerca de un millón de marcos obtenidos de las multas al capital.

La experiencia libertaria, el doble poder, llega a su fin. El 3 de julio de 1919 un regimiento del ejército invade Falkenstein. Con el pretexto de que al entrar en la ciudad se ha disparado contra ellos, registran las casas de los comunistas. El blanco de la operación es Max Hölz, el dirigente del consejo. Cien soldados cercan su casa, tiran bombas de mano en el jardín, ametrallan la chimenea. Max los observa desde una loma cercana. Sin sonreír, pero sin angustia. Es mucho mejor que se ametralle una chimenea que a un hombre.

Durante varias semanas se desata contra él una tremenda persecución policiaca. Permanece clandestino en la zona, cambiando de casa constantemente, viviendo en los hogares de sus amigos, obreros sin trabajo. Habla en mítines en otras poblaciones de la Alemania Central utilizando un nombre falso. Cuando se encuentra en Falkenstein o en sus inmediaciones evade fácilmente al ejército. Pasa ante los soldados, que no lo conocen, con la complicidad del pueblo. Es un fantasma ante cientos de ojos que simulan ceguera (¿el pez en el agua?, ¿el nuevo rey mago que reparte billetes entre sus súbditos?).

Tiene un rostro vulgar, sin distintivos. Es un obrero que parece obrero. Cara tosca, bigote que se deja y qui-

ta, pero hirsuto, cubierto por una gorra, una boina bajo la cual sólo de vez en cuando la cara anodina muestra una sonrisa; rasgos fuertes, cuadrado de estampa, levemente encorvado de tanto barrer suelos, meterse de cabeza en las trincheras, palear nieve.

El 21 de julio el ejército abandona Falkenstein tras haber fracasado en su ocupación de tres semanas. Menos tardan los camiones militares en irse que Max en movilizarse. Al atardecer, Max Hölz se presenta en el ayuntamiento con un grupo de amigos, minutos después se celebra un mitin con cientos de desempleados. El «estilo Hölz» se precisa: sus mayores cualidades, la velocidad con la que reacciona frente a los sucesos, su conocimiento del pueblo y del terreno, su increíble audacia. La milicia local, integrada por la pequeña burguesía de la ciudad, comete el error de atacar el mitin, y es derrotada por los obreros y los desempleados que no sólo los hacen correr, sino que les quitan las armas. Se abren conversaciones. El gobierno exige que se disuelva el Consejo de Desempleados o amenaza con dejar permanentemente en Falkenstein un destacamento del ejército y perpetuar el estado de sitio. Max peca de inexperiencia, descuida la espalda mientras negocia. Cuando las comisiones están discutiendo en el ayuntamiento, las tropas entran nuevamente en la ciudad y cercan la plaza Mayor. Se proclama la ley marcial. Los soldados bajan de los transportes fusil en mano y entran en el ayuntamiento para arrestar a Max Hölz. Los obreros salen al encuentro, se llega al cuerpo a cuerpo. No hay disparos, por ahora sólo empujones, discusiones agrias, forcejeos; los obreros presionan a los soldados.

Hölz es arrestado, la multitud lo libera. Como si la lucha de clases se hubiera trocado en una comedia de Laurel y Hardy, se multiplican los equívocos: idas y vueltas, manifestaciones, negociaciones, abundantes forcejeos, conatos de violencia, pistolas que salen a relucir pero no se disparan. Max es rescatado y en medio de la multitud sacado del centro de la ciudad. Tiene que huir.

IV

Han pasado apenas ocho meses desde que Max Hölz se bajó del tren en Falkenstein, cojeando por una herida en el pie y vestido con el uniforme de un ejército que se trocaba en una fuerza de la revolución. Tan sólo ocho meses. ¿Cuál es el balance? ¿Cuentan más las victorias que las derrotas? ¿En las historias de los eternos derrotados, los momentos de gloria valen doble? ¿Quién puede quitar la memoria a los que la adquirieron? ¿Se huele aún la sopa de aquellas cocinas colectivas? Por ahora hay que tomar distancia. Primero varias semanas en la cercana localidad de Auerbach. Tiene que volver a huir. La policía y el ejército se acercan demasiado. El nuevo destino es la ciudad de Hof en la Baviera del sur de Alemania, donde aún están frescas las huellas de la matanza que acabó con la república de los consejos. Max, en el anonimato, busca un empleo, enlaza con algunos camaradas, ronda como sonámbulo por la ciudad. No resiste mucho tiempo encerrado en la soledad, busca a la multitud como se busca a la tribu, la familia. Asiste a un mitin de los socialistas independientes; debería quedarse callado, pero lo suyo no

es el silencio, toma la palabra y propone que se boicotee a las empresas mineras del Ruhr, en la zona de ocupación francesa. Los desempleados no deben acudir allá a trabajar en las minas cuando la zona hierve de desempleo; y si van, no deben aceptar salarios inferiores a las tarifas fijadas por los sindicatos locales. Y desde luego ofrece una respuesta al desempleo: no buscar trabajo en otras partes de Alemania; algo más simple, organizar a los desempleados y pasar a la acción directa. Los socialistas del USPD lo acusan de provocador policíaco, lo denuncian.

Es un agente al servicio del capital. Revelan su identidad al descubrirlo: ¡Es Max Hölz! La cobertura que lo mantiene clandestino vuela hecha pedazos. Una hora más tarde la policía lo detiene. Para su fortuna, en el lugar donde está cenando hay varios obreros que lo reconocen y lo rescatan de manos de los agentes, le cubren las espaldas mientras corre por las calles de Hof. Una nueva lección. Si va a abrir la boca en un mitin debe tener garantizada la salida, o la fuerza de las pistolas, para sostener sus palabras. Una variante de la lección: no se te ocurra ir a comer a restaurantes de clase media, allí no habrá obreros que te rescaten. Poco después, en Hof hay elecciones para el consejo obrero local.

Los comunistas derrotan por 1303 votos de delegados al USP, que sólo tiene 264, y a los socialistas mayoritarios del SPD, que se quedan con 209. Hölz no puede regresar a gozar esta victoria indirecta; está vigente la recompensa de dos mil marcos que ha ofrecido el gobierno de Sajonia, y los policías de Baviera quieren cobrarla. Hölz va a dar al pueblo de Oberhotzau, ahí se esconde. Cuando

está a punto de volverse loco a causa de la soledad y el aislamiento, de la inacción, aparece como una bendición su gran amigo de Falkenstein: Paul Popp, uno de los mejores combatientes del Consejo de Desempleados; viene comisionado por el KPD con papeles falsos para Max, que le ofrecen dos nuevas personalidades: puede ser Werner o Sturm (todo un lujo ese doble juego de documentación ilegal). Con los nuevos papeles, Max recorre la Alemania central dando mítines para el KDP. Pronto es desmascarado por los socialistas del SPD y señalado el falso Sturm como Max Hölz. En Leuna, durante uno de esos actos, la policía intenta arrestarlo. Cuando siente sobre su brazo la mano de uno de los agentes se suelta, sube a un banco y grita:

«¡Trabajadores! ¿Van a permitir que me arresten?».

En el motín que se organiza a continuación, se fuga. Vieja lección reaprendida: nunca se está solo. La multitud no está formada por rostros anónimos vistos desde un estrado. Son tipos como uno, listos a intervenir y a pasar de espectadores a actores. Se acaba la tregua, hay que volver a ocultarse. Tiene que abandonar la Alemania central. En Halle se entrevista con el dirigente comunista Otto Rühle, miembro del ala izquierda del KPD, quien le ordena se tome unas «vacaciones teóricas». Max, el hombre de acción, tiene que aprender la teoría luminosa de la revolución. El partido lo incorpora a un curso de formación para militantes comunistas que se realiza en el pueblo de Walsrode, impartido por el propio Rühle. Durante seis semanas, Hölz disfruta (¿goza o se le impone?) de una extraña paz.

Mientras tanto, aumenta de precio: en el Vogtland y la Alemania Central la recompensa por su detención ha aumentado a cinco mil marcos. Al fin el curso termina. Max no hablará mucho en sus memorias (más bien nada) del rollo teórico recibido en esos días. No hay recuerdos de Marx, Engels o Lenin, no hay reflexiones sobre plusvalía o imperialismo; no hay registro de la teoría del valor o la negación hegeliana. Decide prolongar las vacaciones y visita a su familia en Ilten, pero una indiscreción de su esposa Clara conduce a la policía hasta el domicilio. Lo detienen. No hay nadie ahora a quien apelar.

Max es encerrado en la prisión de Burgdorf cerca de Hannover, a la espera de ser trasladado a Plauen, donde será juzgado. Un descuido de los carceleros le permite enviar una carta a sus amigos en el Vogtland. Los amigos, como siempre en la agitada biografía de Max Hölz, no tardan en llegar. «Puntuales, en el minuto exacto, cinco hombres arriesgados llegaron a Burgdorf. Uno de ellos era un cazador furtivo famoso por no saber lo que era el miedo», diría Max en su futura biografía. Los amigos actúan bajo un plan concebido por el propio Hölz desde la celda: el grupo simularía estar entregando un prisionero y cuando los guardias abrieran las puertas irrumpirían en la cárcel a punta de pistola.

Max había esperado todo el día muy inquieto. De repente, oye ruidos y teme que sus compañeros hayan modificado el plan y estén tratando de aserrar los barrotes de la celda que dan a la calle. «Repentinamente hubo un ruido terrible. Oí gritos, puertas que eran destrozadas, ventanas que se rompían, incluso tiros, La puerta de mi

celda se abrió abruptamente. Mis camaradas gritaron: “¡Max, estás libre!”»

Los amigos cumplen.

En medio del tiroteo el grupo se escabulle por las apacibles calles de la villa de Burgdorf; entre parejas de enamorados clandestinos y bebedores nocturnos. Después de esta escapatoria milagrosa, Max sigue tentando a la suerte (¿o no existe tal cosa llamada tentación, sino que es la suerte la que lo tienta a uno?; ¿o no se trata de suerte, sino de un método irracional de colocarse en los lugares donde no se debería estar, de violentar el sentido común y la racionalidad policiaca?) e interviene en un mitin en Hannover, días después en Leuna, donde la policía había intentado detenerlo dos meses antes.

V

No dura demasiado el vagabundeo, y Max regresa a la zona del Vogtland en Sajonia. Su corazón no le permite alejarse demasiado de la región de Falkenstein. Max es un comunista sentimental, un revolucionario de patria chica. Lo suyo no es huir, aunque tampoco puede permanecer a la luz o será detenido. «¿No puedo?», se pregunta. Encuentra un escondrijo, comienza a leer más regularmente textos políticos. No habrá registro en su futura autobiografía de esas lecturas. No deben de haberle interesado en exceso. Max sólo estudia teoría política cuando no puede hacer otras cosas. Frecuentemente se dan noticias en la prensa y la radio de su detención. Sus familiares reciben telegramas de condolencia y solidaridad que Max lee con

gran placer. Pero la cacería no lo inmoviliza. Varias veces interviene en mítines en poblaciones del Vogtland; varias veces está a punto de ser detenido.

El 22 de Octubre de 1919 (¿es posible que no haya pasado ni siquiera un año todavía desde su regreso a Falkenstein?) se celebra un mitin del Consejo de Desempleados. Conociéndolo bien, sus camaradas le prohíben asistir. El propio Max está convencido de que no debe presentarse en el acto, que no hay motivos para el suicidio, ni para forzar en exceso la fortuna. A las ocho de la noche un compañero le lleva el periódico a su escondite. Las autoridades parecen intuir algo, la recompensa por su cabeza ha sido aumentada. «Eso me estimuló a causarle un poco de excitación a los burgueses, a los espías y a los policías de Falkenstein.»

El archiperseguido Max Hölz hace su teatral aparición en el mitin entrando desde el jardín por una ventana abierta. En medio de la sorpresa pronuncia un breve discurso ante millares de rostros en los que se mezcla el placer y el desconcierto. Cuando en el aire aún queda el eco de su última palabra y apenas comienzan a juntarse las palmas de las manos de los obreros para el primer aplauso, Max se arroja de nuevo por la ventana, rueda por la hierba y se aleja del local.

«Caminé en silencio por las calles. Los paseantes se detenían y se quedaban sorprendidos. Fui hacia la estación de policía en el ayuntamiento; estaba llena de agentes. Grité con fuerza: “¡Buenos días! ¿Está todo bien?” Fue un momento fantástico. Los oficiales estaban tan sorprendidos que no se movieron de sus lugares.»

Paseando por Falkenstein, Max se encuentra con su amigo Paul Popp. El famoso Paul, el amigo de los amigos. Alguien con quien contar en estos últimos vertiginosos diez meses. Hölz atrae a gente así como un enorme imán; los descubre silenciosos en la multitud, los lanza a la guerra con él. Paul es quizá el mejor de los compañeros de Max, el que tiene como Max un estilo propio. El mes anterior, fue Paul el que salvó a Max de un cerco policiaco cuando estaba hablando en un mitin. Paul rompió las luces del salón a bastonazos provocando un cortocircuito y en la oscuridad, sólo quebrada por los relámpagos de los disparos del revólver que llevaba en la mano, sacó a Max tomado del brazo e indemne.

Ahora, los dos compadres se abrazan en mitad de la calle. La policía, que se dedica regularmente a impedir toda muestra de efusividad proletaria, se acerca bajo la forma de un par de agentes que intentan detenerlos. Popp saca del interior de su abrigo un garrote y con sólo mostrarlo y mostrarles los dientes los hace huir. Los policías corren a buscar refuerzos mientras los dos alegres compinches se retiran a celebrar el encuentro en la noche de Falkenstein. Dos semanas después Popp es detenido. Días más tarde, un par de camaradas pistola en mano entran en la prisión y lo liberan. El juez Reitschel, enemigo personal de los obreros rojos, encarcela a la esposa de Paul, a pesar de que la mujer está embarazada y enferma. Hölz, en ausencia de Paul, decide hacer justicia. Junto con otro camarada localiza al juez Reitschel y en una noche nevada lo apalea sin misericordia, enviándolo al hospital

por varias semanas. Se impone un reposo. Max Hölz se oculta de nuevo. Se inicia 1920.

VI

En el último año, Max ha sido un hombre clave en la zona del Vogtland para el trabajo comunista; ha realizado además decenas de tareas de agitación en toda la Alemania central. Pero no ha participado en la vida interna del KPD; con excepción del breve curso de formación política, ha estado al margen de los debates del partido. Hölz es comunista porque los comunistas quieren hacer la revolución y todos los demás no. Se ha quedado a un lado de discusiones internas y escisiones. No es de extrañar por tanto que le pase desapercibido el III Congreso del KPD en febrero de 1920. El partido se encuentra en una profunda crisis. Siguiendo la tónica de la Internacional Comunista, margina a su ala izquierda y ajusta su proyecto al esquema simplificado de lo que fue el partido bolchevique: partido muy centralizado, parlamentarismo de denuncia, intervención en sindicatos conservadores. El viraje a la derecha pospone la tan anunciada etapa insurreccional. Todo por el partido de masas. Nadie discute con Max estas orientaciones. Sus amigos Schumann y Rühle han quedado separados de la dirección. El KDP de febrero de 1920 no le gustaría demasiado a Max si tuviera tiempo de observarlo.

Pero Hölz, si bien puede estar al margen de la vida interna del KDP, no se encuentra al margen de su vida externa. Incapacitado temporalmente para hacer trabajo

de masas o para ir a Falkenstein a romperles la boca a burgueses y policías, que es lo que verdaderamente le resulta atractivo, adopta una nueva personalidad. Se hace llamar, con todo y papeles falsos que lo comprueban, profesor Lermontov. Con ese sugestivo nombre interviene en los primeros meses de 1920 en trabajos organizativos en las zonas obreras de Baviera y en el Vogtland. No faltan en esos días abundantes persecuciones y venturosas huidas «por los pelos», como la que protagoniza el 19 de marzo en Selb, Baviera, cuando escapa de la policía saliendo de un mitin por una ventana, utilizando una escalera de cuerda, de cuyo último peldaño resbala lesionándose la rodilla. Ese mismo día se traslada a Oberkottzau, uno de los muchos lugares donde tiene una base de operaciones. Ahí se reúne con un grupo de camaradas (otra vez los «camaradas», los amigos, la red personal de hombres y mujeres de confianza, que ha ido construyendo en el centro y sur de Alemania). En la reunión le cuentan detalladamente los acontecimientos que están conmoviendo al país.

El 12 de marzo de 1920, pocos días antes de que Hölz se haya refugiado en Oberkottzau, los soldados de los reaccionarios «cuerpos francos» se han levantado en armas a su regreso de Rusia por temor a ser desmovilizados. El *putsch* está encabezado por Wolfgang Kapp, a la cabeza de un grupo de militares blancos de la derecha monárquica. El día 13 los militares en armas prácticamente han tomado Berlín, y el gobierno de los socialistas mayoritarios ha tenido que abandonar la capital y huir hacia Dresde. Los tres partidos obreros, por primera vez de acuerdo, han decretado la huelga general contra el golpe,

secundados por las centrales sindicales. Berlín se encuentra totalmente paralizada. Pero los acontecimientos rebasan la situación de la capital: en el Ruhr los obreros han atacado a las bandas militares de Lützwow, han ocupado Dortmund el 17 y luego Essen.

En otras partes de Alemania, los obreros, armas en mano, combaten contra los grupos militares. En el mismo Berlín los golpistas se tambalean ante la unanimidad de la huelga general. Hölz, que había venido recibiendo vagas noticias de todo esto, ante la información que le da idea de la magnitud de la situación, decide que hay que utilizar el golpe reaccionario para desatar el contragolpe obrero. Esa misma tarde toma un tren rumbo a Hof. No va a ser un viaje tranquilo. Un policía lo reconoce y da la señal de alarma. Los agentes rodean el compartimento del tren en que se encuentra. Max, con lo que ya se va convirtiendo en habitual sangre fría, saca del bolsillo del abrigo una granada y le quita el seguro. Los policías y los pasajeros huyen despavoridos, corren por los pasillos del tren. Hölz salta del vagón en marcha. La rodilla que tenía lesionada se resiente, se le va hinchando. Así, arriba a Hof caminando, aunque sufriendo grandes dolores. No encuentra un automóvil para llegar al Vogtland, de manera que decide continuar a pie; los transportes públicos no le ofrecen seguridad, el policía del tren debe de haber alertado a todas las fuerzas de la región. Camina. Varias veces se desmaya por el dolor. Cinco horas de sufrimiento. Al fin detiene el automóvil de un tabernero y consigue, a cambio de un puñado de billetes, que lo lleve hasta Ölsnitz en el Vogtland. Por teléfono avisa a sus amigos en Falkenstein. Acu-

den, pero se niegan a llevarlo a la ciudad cuando ven el estado en que se encuentra. Se les escapa, en el riesgo ni siquiera el consejo de los amigos es bueno; nuevamente compra a un chófer que lo lleva hasta Falkenstein.

La ciudad se encuentra en manos del ejército, pero hay gran agitación entre los trabajadores. Max no pierde el tiempo y a través de sus compañeros convoca un mitin. El objetivo: desarmar a los militares, organizar las milicias obreras. Mientras Max espera el resultado de su convocatoria, el ejército abandona la ciudad para ir a apoyar a otro destacamento militar que se bate en Turingia contra los trabajadores. Hölz está enfadado. La oportunidad de hacerse con armas se le escapa. Con seis camaradas ataca, ante el hotel principal, a un grupo de soldados que se habían quedado rezagados y los desarma. Su escuadra confisca varios tanques de petróleo. Están haciendo bombas cuando los militares alertados regresan a la ciudad. Hölz y su pequeño grupo intercambian disparos con el ejército. Las armas no son suficientes, el grupo es muy pequeño. El miniejército proletario de Max se repliega.

Curiosamente su rodilla ha mejorado, ya no le molesta. Max constata el hecho con sorpresa. Sin duda la revolución tiene una magia peculiar, capaz de hacer sanar rodillas luxadas. La naturaleza trabaja para la revolución, se dice, flexionando la rodilla mientras camina por la carretera para abandonar Falkenstein. En Auerbach, adonde han llegado a mitad de la tarde, Hölz organiza un mitin. En esa ciudad el consejo obrero local ha decretado la huelga. Pero Max en el mitin va más allá: ya no se trata de huelga general, se trata de insurrección.

Los militares reaccionarios se alzaron en armas, ahora les toca a los obreros devolver el golpe y hacer la revolución. El argumento ya está dado. Max invita a los presentes a marchar sobre la estación de policía, armarse y destruir a los soldados en Falkenstein. Sorprendente. Los trabajadores saben que Hölz habla en serio. Coinciden con él. Dos mil de ellos con Max a la cabeza avanzan sobre el cuartel policiaco. Entre la decisión y la acción no hay mediaciones.

Las puertas son derribadas a hachazos. Algunos policías caen heridos en la refriega cuerpo a cuerpo, no han tenido tiempo de reaccionar, la mayoría entrega sus armas sin resistencia. El botín, a los ojos de Max, es monumental: varios rifles, algunas ametralladoras, varias cajas de granadas. Se frota las manos: ¡Con esto sí se puede iniciar una revolución! Cuando sale a la calle a repartir las armas, las guardias rojas están formadas, grupos con un jefe electo. Max envía un mensajero al ejército en Falkenstein ordenándoles a los soldados que entreguen las armas si no quieren que los obreros de los pueblos próximos los cerquen y los masacren. El oficial a cargo de la guarnición de Falkenstein no cree en amenazas, no tiene muy clara idea de quién es ese Max Hölz; detiene a los emisarios y envía sus tropas contra las guardias rojas que supuestamente están en Auerbach.

Max y sus huestes están a la espera. Una lluvia de luces de bengala cae sobre los desconcertados militares, luego, todo el poder de fuego de los trabajadores armados; luego, los tiros cruzados de las ametralladoras. Los obreros han aprendido algunas cosas durante la pasada

guerra. La noche se ilumina como si la carretera entre Auerbach y Falkenstein fuera el escenario de una fiesta de fuego. El ejército se retira derrotado y se concentra en Plauen. Las milicias obreras toman Falkenstein. Max recibe información sobre la situación del golpe militar en Alemania. Las noticias son ahora más precisas: se sabe que la huelga general en la capital ha derrotado el *putsch* de Kapp, que los militares han huido de Berlín y el gobierno socialdemócrata ha tomado el control.

Sin embargo, en el Ruhr los obreros armados continúan combatiendo a las bandas militares. Hölz lleva la información a una asamblea de las milicias obreras. No hay demasiado debate, no hay excesivas dudas. El pequeño ejército rojo decide transformarse en un gran ejército rojo y seguir adelante. Se abren centros de reclutamiento en toda la región del Vogtland. El financiamiento de la operación se realiza de la manera más simple: se expropián cuarenta y cinco mil marcos a los capitalistas locales, con los cuales se pagará al ejército rojo su salario semanal. A la semana siguiente, como el ejército ha crecido, la cuota aumentará a cien mil marcos.

No hay indisciplina. Un mínimo intento de convertir el poder obrero en desmán es frenado en seco. Hölz personalmente interviene para impedirlo. En toda la zona industrial los trabajadores se arman. La guardia roja derrota a las milicias burguesas locales en Markenkirchen. Ahora se trata de la gran operación. El siguiente objetivo es Plauen, una ciudad de ciento treinta mil habitantes en la que, además de encontrarse el ejército, se hallan los pre-

sos políticos de Falkenstein, los veinticuatro obreros que fueron detenidos desde la primavera de 1919 y que llevan diecinueve meses en prisión.

Hölz le da vueltas a muchas ideas en la cabeza. No quiere arriesgar su flamante ejército rojo en un combate frontal que puede ser sangriento. Decide actuar con un pequeño grupo. De la forma en que habitualmente lo ha hecho y como se siente a gusto, apostando a la sorpresa y a la audacia y no a la capacidad de fuego. Se forma una unidad de cinco hombres muy bien armada, con tres ametralladoras, fusiles, pistolas y granadas. Max los encabeza, ¿cómo iba a perderselo? El asalto a la prisión de Plauen es exitoso. Toman por sorpresa a la guarnición. La única dificultad: una gran reja de hierro que se les resiste varios minutos, aunque con las granadas acaba saltando. No sólo liberan a los cautivos, también roban el archivo judicial de Plauen. La brigada suicida regresa a Falkenstein con los presos. Las familias de los detenidos y el ejército rojo los reciben en triunfo. «Fue el día más feliz de mi vida», dirá Max Hölz. De pasada se ha traído secuestrado al fiscal, para que les proporcione información sobre los delatores que existían en el movimiento obrero de la región. El hombre, aterrorizado, da toda la información que posee. Así se conoce que la policía tenía a sueldo a dos miembros del KPD.

Para hacer más feliz esta hora, Max y sus «muchachos», grandes artesanos de la revolución, deciden quemar los documentos judiciales de Falkenstein: actas de propiedad, juicios pendientes, deudas de trabajadores, hipotecas. La hoguera del pasado injusto arde durante tres

días y sus noches. ¿Esto es la revolución? ¿Una hoguera del pasado? El Vogtland está en armas. A la cabeza del ejército rojo, Hölz no tiene muy claro contra quién y cómo hay que proseguir la revolución iniciada. Mientras tanto, el gobierno socialdemócrata ha pactado con el ejército el 25 de marzo. Mutuas concesiones: no disolver las unidades militares, reconocimiento de la legalidad republicana, reconocimiento mutuo de poderes, descubrimiento y sonrisas de ambos como fuerzas del orden. Los militares pasan al contraataque contra los obreros insurrectos que en el Ruhr habían logrado levantar un ejército de ochenta mil hombres. La entrada de la milicia blanca en la zona desmilitarizada, acordada por el Tratado de Versalles, provoca la intervención francesa.

El ejército francés ocupa Hamburgo y Frankfurt. Acosados por las guardias blancas y el ejército regular, con la retaguardia bloqueada por los franceses, los obreros son derrotados en el Ruhr. Max Hölz, encerrado y sin mayor información en su pequeño territorio rojo en Sajonia, recibe la confidencia de que sólo un capitán y cincuenta soldados custodian el depósito de armas de Frankenburg, y que el consejo obrero de la localidad ha ofrecido las armas a los obreros de la ciudad industrial de Chemnitz, quienes no las aceptaron. Hölz imagina el depósito durante unos minutos y con treinta hombres sale para Frankenburg.

Al llegar a Zwickau tiene un enfrentamiento con el consejo obrero local, dirigido por los socialistas independientes (USPD). En Chemnitz, el vagón en que viaja la escuadra de Hölz es rodeado por la policía. La cabeza de

Max tiene un nuevo precio: treinta mil marcos. Tan sólo con la advertencia de que van a comenzar a lanzar granadas por las ventanillas del tren, los policías se retiran. Al fin llegan a Frankenburg, donde los recibe el consejo obrero que declara que se encuentran bajo su protección.

Hölz se entrevista con Heinrich Brandler, dirigente del consejo obrero de Chemnitz y miembro destacado del partido comunista. Brandler le da vueltas al jefe del ejército rojo. Le pide que hable ante el Consejo en el que hay socialistas de las dos tendencias y comunistas, pero que no diga nada sobre la historia de las armas, que no lo mencione; que se limite a decir que ha ido hasta allí con su escuadra por víveres y ropa. En Chemnitz, según Brandler, todo es confuso; por un lado el consejo obrero ha desarmado a las milicias burguesas, y los trabajadores se encuentran listos para defender la ciudad, pero están en contra de tomar medidas ofensivas. Brandler teme que Hölz y sus «locos» rompan el inestable equilibrio de fuerzas y los embarquen en una aventura.

Max apenas si se toma la molestia de discutir con su compañero de partido. Lo manda al diablo, toman el depósito de armas y con ellas en las manos regresan a Falkenstein. El KDP, que se ha unido a la posición de socialistas y socialistas independientes de acabar con el movimiento armado rojo a cambio del castigo a los militares golpistas, al replegarse políticamente y conociendo la situación del Vogtland, emite un comunicado: «Declaramos solemnemente que rechazamos las actividades de Hölz, quien ha intentado sustituir la acción de masas con su actividad personal. Con estas actividades, Hölz y sus

compañeros se han puesto al margen del partido, el partido sólo puede existir cuando todos sus miembros se adhieren a su programa».

Max no se entera de que ha sido expulsado del partido comunista y, cuando lo sabe, poco caso habrá de hacer a la noticia. Tiene cosas más importantes de que ocuparse. El ejército avanza sobre Sajonia. Las milicias rojas y locas de Max Hölz son el último reducto de la revolución social que respondió al golpe de Kapp. Cincuenta mil soldados están preparados para entrar a sangre y bayoneta en el Vogtland. A punto de ser cercados en Falkenstein, los rojos se repliegan hacia Klingenthal, cerca de la frontera. Un grupo de comisionados se entrevista con las autoridades checoslovacas.

Se ha decidido que, en caso de que el cerco se estreche, las milicias se internarán en Checoslovaquia entregando las armas. En los primeros días de abril de 1920, en la carretera Klingenthal-Georgenthal un millar de obreros armados, los restos de las milicias rojas, celebran un mitin en la arboleda que flanquea el camino. Se preguntan si la revolución ha terminado. Los soldados los tienen cercados, Hölz está inquieto: al abandonar Falkenstein, contra sus órdenes, fueron incendiadas algunas casas de industriales. Puede haber represalias brutales. El ejército rojo opta por la dispersión. Sólo entonces los militares avanzan. Hölz se oculta en un pajar. Los soldados entran y rastrean entre la paja; uno de ellos clava varias veces su bayoneta para buscar a los revolucionarios en el heno. Una de esas veces, la bayoneta hiere la pierna de Hölz que a duras penas puede contener el grito. Cuando los

militares abandonan la granja, Max se arrastra sangrando por los alrededores. Busca por el campo a alguno de sus compañeros. Oculto entre los árboles, contempla escenas horribles: los soldados asesinan con bayonetas a los detenidos. Con otros cinco prófugos, Hölz cruza la frontera esa noche. En Egen es detenido por la policía checa. Su fama ha traspasado las fronteras, los policías no se acercan hasta que él no deposite en mitad de la calle un par de granadas. La revolución del contragolpe ha terminado para él.

VII

Max pasa los siguientes cuatro meses de su vida en la prisión de Korthaus en compañía de otros veinticuatro revolucionarios alemanes. Su comentario sobre esa estancia es parco: «La comida no era mala, pero era insuficiente». A los cuatro meses, harto de la forzada inacción, comienza una huelga de hambre exigiendo a las autoridades checoslovacas que le concedan la libertad y asilo político. Simultáneamente se comunica con sus amigos en Alemania para conseguir fondos para la defensa de los detenidos. Al culminar la intentona revolucionaria, Hölz y su grupo habían dejado ocultos en Sajonia 750.000 marcos, producto de las expropiaciones. Con una parte de ese fondo «enterrado», Hölz planea organizar una fuerte campaña publicitaria y contratar abogados. No tiene problemas para que el dinero llegue a Checoslovaquia, pero el abogado que organiza la campaña los estafa y roba parte del dinero sin hacerse cargo de la defensa. Max tiene una tormentosa

entrevista con el turbio personaje, lo amenaza de muerte y lo despide. La huelga continúa. Sólo hay un consuelo en esos días de encierro: las canciones checas que escucha desde la ventana enrejada «son las más bellas del mundo». La presión de la huelga de hambre da resultado. Tras catorce días las autoridades le piden que la levante. En agosto de 1920 Max Hölz y sus compañeros están libres. Max sale a la calle y se encuentra con la realidad del exiliado. Está en Checoslovaquia, no en Alemania, no en Sajonia. Es un exiliado político, fuera de su tierra y sus recursos, lejos de sus amigos. La realidad le confirma su situación. El tren que lo lleva a Praga es apedreado por nacionalistas checos. Por primera vez en dos años, Hölz está desarmado. Al llegar a la capital tiene que ingresar en un hospital privado para reponerse de la huelga de hambre; dos agentes secretos de la policía checa se turnan para vigilarlo las veinticuatro horas. Además de soportarlos tiene que pagarles sus gastos. Hölz se indigna. El dinero sagrado de las expropiaciones no puede servir para pagar policías, aunque sean checos. Los nacionalistas inician una campaña de propaganda para que el gobierno acepte la petición de extradición que las autoridades alemanas han extendido contra él, Hölz no duda, pide permiso al gobierno checo y en octubre de 1920 cruza la frontera y se interna en Austria. Paralelamente, en Alemania se han producido algunos cambios que sin duda tendrán que afectar los próximos movimientos del revolucionario emigrado. En abril de 1920 un nuevo partido comunista a la izquierda del KPD ha surgido, el Partido Comunista Obrero Alemán (KAPD), en el que se reúnen algunos de los amigos de

Hölz expulsados del KPD (Gorter, Otto Rühle). El nuevo grupo se proclama «un partido de masas, no un partido de jefes». Pero éste no es el único cambio. En los mismos días en que Max Hölz arriba a Viena, la mayoría de los socialistas independientes (USPD) deciden incorporarse a la Internacional Comunista en el congreso de Halle. Poco después, el 5 de diciembre, el KPD y la mayoría del USPD se fusionan para formar el nuevo Partido Comunista Unificado (VKPD). Un partido que reúne cuatrocientos mil afiliados.

Estos cambios en la organización de la izquierda alemana, de los que sin duda ha debido tener noticias, no ocupan los pensamientos de Max, quien se debate entre la paz forzada de Viena y la violencia de sus recuerdos. Recibe una invitación para viajar a la Unión Soviética, pero la tentación de conocer en vivo la primera revolución socialista del mundo coincide con el arribo de noticias sobre el inicio del juicio en Dresde y Plauen contra los camaradas con los que combatió hace unos pocos meses en el levantamiento contra el *putsch* de Kapp. El tiempo de duda es breve. En diciembre de 1920 decide cruzar ilegalmente la frontera alemana. Consigue un pasaporte falso a nombre de Alexander Matiasek. Una nueva personalidad («otra más», se dice el señor Hölz que ha sido en los últimos años el señor Werner, el señor Sturm, el señor Lermon-tov). Pero Hölz no se disuelve tras sus máscaras. Son accidentales, pasajeras (o al menos eso nos parecen a nosotros ahora): bigote afeitado, corte de pelo y lentes sin aumento. «Debo confesar que estaba un poco nervioso cuando la policía fronteriza me inspeccionaba». No más que eso. Max Hölz está de nuevo en Alemania.

VIII

Max llega a Hof antes de la Navidad de 1920. Sorprende a sus amigos. ¿Qué redes va a utilizar ahora? ¿Sus amigos están en el VKPD o en el radical KAPD? Qué importa, son los «amigos de Hölz», sus redes, absolutamente personales, absolutamente fraternales. ¿A quién le importa en qué partido estás cuando se trata de hacer la revolución? Pero sus contactos lo miran de una manera extraña. Hölz siente que hay suspicacia. En Viena se vestía bien (¿mejor?, ¿un poco mejor?, ¿usaba abrigo?, ¿llevaba chaleco?, ¿una corbata sin manchas de grasa?), le gustaba la ópera (¿es eso serio y proletario?). Hölz se siente y se confiesa contaminado por la vida de clase media que llevó en la capital de Austria durante un par de meses (¿vida de inactividad?). Se encuentra enfadado consigo mismo por su cambio de apariencia; el disfraz hace que no se sienta el mismo (¿qué es eso de usar lentes que ni siquiera sirven?). Así se explica de sobra la mirada de extrañeza que a veces sus amigos le dirigen (¿existe tal o Hölz se la inventa?). «Tenía que volver a ser como ellos», se dice en aquella Navidad de 1920. «Ser como ellos» es, según la filosofía de la vida de Max Hölz, compartir la explotación en la misma mina, en la misma fábrica o taller; eso, o ser perseguido. La condición de prófugo, la condición de ilegal es para Marx la esencia proletaria. Vuelve a ponerse en movimiento, la policía secreta alemana detecta la presencia del buscado Max Hölz (¿cómo la detecta?, ¿es un especie de niebla roja y difusa que se escurre bajo las puertas?, ¿rumores?, ¿no-

ticias de un fantasma?). Con la policía en los talones viaja a Hannover para ver a su esposa Clara. Logra escapar de un cerco policiaco. Se oculta en Brunswick y establece una base de operaciones.

A fines de diciembre se traslada a Berlín. Quiere discutir con sus amigos (Max tiene «amigos» por todos lados) un gran plan para liberar a los detenidos de Plauen, Hof y Dresde. Tiene varias reuniones con la dirección nacional del KAPD, no encuentra entre los dirigentes de la izquierda comunista buena recepción; las discusiones no llegan a final feliz. Parece como si hablaran dos lenguajes. Hölz decide construir su propia organización y apela para ello a militantes del KAPD, del VKPD, anarquistas y hombres sin partido. Los que puede encontrar, los que quieren acción y no palabras. Parece ser que este tipo de militantes abunda, porque en unas semanas organiza a cincuenta hombres en tres grupos (Berlín, Brunswick y Sajonia).

Con los fondos secretos de las viejas expropiaciones compra armas y bicicletas (comprar un automóvil hubiera sido poco proletario). Para que los fondos no se mermen en exceso, porque además se utilizan regularmente para enviar ayuda económica a las familias de los detenidos, se organizan nuevas expropiaciones. Robos en bancos y oficinas de correo. Parte del dinero se entrega a la dirección del KAPD. Hölz mismo planea intervenir en el asalto a una oficina de correos en Berlín que no se realizará por «problemas técnicos». En esos días, Max protagoniza una de las más extrañas aventuras de su accidentada vida, que aún hoy no ha podido ser aclarada. En su

autobiografía narra que entró en contacto con un personaje singular conocido como «Ferry», un hombre que tiene como objeto en la vida volar la Columna de la Victoria en Berlín, el símbolo del triunfo militar prusiano en la guerra contra Francia, una columna situada en el Tiergarten que es conocida popularmente como «Else de oro». Para Ferry, «Else» es el Símbolo del militarismo alemán, y como tal tiene que volar en mil pedazos. Hölz cuenta que Ferry (también conocido con el seudónimo de Hering) le ofrece armas y bombas a cambio de la dinamita necesaria. Se produce el intercambio. La historia no terminará ahí. La dinamita la ha obtenido el grupo de Hölz de una serie de asaltos a depósitos en la zona minera del Ruhr y en otros puntos de la Alemania central; el grupo quería utilizarla para la liberación de los presos y para volar varios juzgados. La primera gran explosión habría de ocurrir en Falkenstein (¡Vaya regreso a la tierra nativa! ¡Vaya fiesta de fuego en el hogar original!), pero el plan ha ido variando sin que Max se dé cuenta.

Al principio se trataba de liberar a los presos, ahora: «La explosión y los detonantes que planeábamos distribuir eran para atraer a los trabajadores y la atención de la burguesía al hecho de que los comunistas estábamos aún vivos, aunque fuéramos perseguidos por la policía. Queríamos también que supieran que no habíamos olvidado a nuestros camaradas que estaban en la prisión». Es curioso, Hölz habla de que se quería hacer sentir que «los comunistas estaban vivos», pero en esos momentos el partido comunista oficial (VKPD) tenía en Alemania medio millón de miembros, gozaba de una notable presencia

en el Parlamento y en gobiernos regionales, tenía una potente prensa y se encontraba inmerso en un debate sobre la viabilidad de una insurrección obrera. Del viraje a la derecha en 1920, aparentemente fortalecido por el ingreso en sus filas de la izquierda socialista, pendularmente el VKPD se ha movido hacia la extrema izquierda con el impulso de la Internacional Comunista. Los que frenaron la respuesta violenta de los obreros al *putsch* de Kapp, hoy quieren desarrollar su propio golpe de Estado.

¿De qué comunistas habla Hölz? El partido comunista disidente, el KAPD, aunque sus fuerzas son mucho menores (puesto que sólo cuenta con cuarenta mil miembros), están colocadas estratégicamente en los sectores más combativos del movimiento obrero, y también se encuentra en una posición insurreccionalista. ¿Entonces? ¿A qué comunistas se referirá más tarde Hölz en sus *Memorias* cuando justifica su plan de acción? ¿A él mismo y sus amigos? A los únicos tipos que se toman en serio eso de hacer la revolución. En febrero de 1921 la dirección del VKPD, con la presencia de un delegado de la Internacional, el húngaro Béla Kun, discute un plan insurreccional para después de la Pascua. ¿Lo sabe Hölz? No, no puede saberlo el expulsado Max, no tiene acceso ni remotamente a esos niveles de decisión. No puede saber, por tanto, que curiosamente la Internacional Comunista ha elegido como foco para detonar la revolución la zona de correrías del propio Max: Alemania central y en particular Sajonia. No paran ahí las coincidencias. La dirección del VKPD ha desarrollado su «propio plan dinamitero» para comenzar a «calentar los ánimos». Un plan muy similar al que Hölz

tiene en mente, aunque el hombre que estará a cargo de la operación por el partido comunista será Hugo Eberlein, conocido como Hugo *el de la mecha* por los militantes de base del VKPD; un singular dirigente que no rehúye los riesgos de la acción directa. Max, sin duda, se encuentra ajeno a los planes del partido. ¿Conocerá el VKPD los planes de Max?

El 6 de marzo de 1921, ignorante de que el VKPD pretende usurparles su proyecto y por tanto actuando por libre, Hölz y sus muchachos llegan a Falkenstein. Sin dudarle demasiado atacan la estación de policía. «Loose tenía que arrojar una granada de mano tan pronto como yo hubiera puesto la bomba en el interior de la estación; en caso de que la mecha no funcionara, la granada la haría explotar. Mientras ponía la mano en el picaporte de la puerta de la estación de policía, encendí la mecha con el cigarrillo. En cuatro segundos la bomba explotaría. El camarada Loose le había quitado el seguro a la granada. Entonces me di cuenta horrorizado de que la puerta estaba cerrada. Estábamos perdidos. Sostenía la bomba encendida en la mano mientras que Loose sostenía su granada. Las arrojamos instantáneamente hacia la esquina. La granada explotó».

La explosión deja a Max casi ciego, Richard Loose, uno de los eternos camaradas de Hölz, lo coge del brazo y lo saca del marmagnum que se ha armado en torno a él. Suenan las ráfagas de ametralladora, los hombres del grupo de Hölz lanzan granadas como quien reparte dulces por toda la ciudad. Max, conducido por su lazarillo, decide dejar un recuerdo de despedida y ordena que con

seis granadas sea volada la casa del comandante de las milicias burguesas. Huyen en bicicleta. Espectáculo alucinado el de Max Hölz pedaleando como un hombre poseído por el demonio; el rostro ensangrentado, medio ciego; a sus espaldas la ciudad ardiendo, mientras la bicicleta vuela por la carretera. Hölz se recupera de las heridas en Berlín. Su grupo ataca los juzgados de Friburgo, Dresde y Leipzig con éxito. «Estaba satisfecho con la confusión que había causado; no con el resultado.» Max ha creado una banda terrorista que tiene en jaque a la policía alemana, pero su proyecto revolucionario no avanza, los presos siguen tan presos como siempre, el movimiento obrero se ha vuelto espectador de los actos de su grupo, no participante. Mientras tanto, el proyecto insurreccional del VKPD toma forma. El pretexto para iniciarlo será la movilización policial que el gobierno ha decretado en la zona minera de Sajonia. Fuerzas paramilitares de la policía de seguridad, conocida en los medios obreros como «sipos», se internarán en la región con la consigna de desarmar a los obreros de las guardias rojas e impedir los robos de dinamita. «Las fuerzas policiales tratarán con igual firmeza a los criminales y a los que intenten evitar que las fuerzas lleven a cabo su deber», declara el ministro del Interior.

En estos momentos de tensión un atentado fallido va a capturar la atención de la prensa mundial y a calentar más el ambiente: el 13 de marzo, una carga de dinamita colocada en la Columna de la Victoria en Berlín no explota a causa de una mecha defectuosa. La carga, que por su abundancia hubiera pulverizado el monumento, es retirada por la policía, «Else» se salva de milagro. Se

sucedan oleadas de arrestos. Muchos detenidos son trabajadores del KAPD. Entre los detenidos, varios confiesan su intervención en el atentado fallido. Al ser interrogados reconocen al dirigente de la acción (Ferry, alias Hering) en una foto que les muestran de Max Hölz. ¿Hölz y Ferry son el mismo hombre? ¿Ha existido realmente el tal Ferry? ¿Para qué quería Hölz volar el monumento de la guerra franco-prusiana? El único testimonio (y que permite dudar de su veracidad) de que Ferry existe como una persona diferente lo proporcionará años más tarde Max en su autobiografía. Todo el mundo piensa que Hölz es el dirigente del atentado. La policía está convencida. Así lo denuncian en los periódicos. La recompensa por la cabeza de Max asciende a cincuenta y cinco mil marcos.

El día 20 comienza la ocupación policiaca de la zona minera de Alemania central. *Bandera Roja*, el diario del VKPD, llama a los trabajadores a tomar las armas. En los dos días anteriores, la central del VKPD ha hecho circular de una manera singularmente confusa la orden insurreccional. El diario socialista *Vorwärts* advierte de que se trata de una provocación comunista y da órdenes de no secundar ni siquiera la huelga convocada por los comunistas del distrito de Mansfeld que lentamente comienza a extenderse. El 21 de marzo, en la zona industrial de Leuna, se realiza un mitin contra la ocupación policiaca en el que participan dieciocho mil de los veinte mil trabajadores de la región.

El 21 de marzo de 1921, en su escondite, Max Hölz toma en sus manos el periódico. Es un hombre de treinta y dos años que lleva los tres últimos de su vida envuel-

to en la vorágine de la revolución, alimentándose de ella, inventándola cuando se esconde o rehúye, encontrándola cuando salta y se hace clamor de masas armadas. Ha sido un amor profundo, lleno de ramos de rosas en los amaneceres. Un recorrido en bicicleta por una carretera llena de baches, pero sin desvío. ¿Por lo menos hasta los últimos meses? Los últimos meses en que Max ha perdido el pulso de los trabajadores y se ha dedicado al terror en solitario. El periódico le cuenta que la huelga general ha estallado en Alemania central. Las letras pasan por sus ojos más rápido que de costumbre, no hay tentación, hay reencuentro, «Decidí ir allá y estudiar la situación de primera mano», dirá años más tarde Max Hölz en su parca narración. Como siempre, el estilo Hölz caracteriza la forma como organiza su «viaje de estudios» a la Alemania central: con cinco camaradas armados con pistolas y granadas y evadiendo la persecución policiaca, inicia el viaje.

El tren se detiene en Kloster-Mansfeld. Hölz se puede mover con cierta libertad en esa ciudad. No se le conoce en Mansfeld por su verdadero nombre, allí es Sturm, el hombre que recorrió la región realizando actos de propaganda en 1919. Bajo ese seudónimo interviene en la noche en un mitin convocado por las organizaciones obreras locales. Según el testimonio de alguno de sus oyentes, Hölz hace un llamado a generalizar la huelga, armarse y combatir a las patrullas policiales. Al día siguiente, el 22, interviene en otros mítines en Hettstedt, Mansfeld y Eisleben. Ese mismo día se presenta Hugo Eberlein en Halle, el hombre designado por el VKPD para dirigir la insurrección. Hölz se encuentra en pleno delirio. Mitin

tras mitin, asamblea tras asamblea; no importa si las convoca el VKP, el KAPD, los socialistas del USPD o los sindicalistas revolucionarios de la AU, Max interviene presentándose como un perseguido político, y manteniendo su posición: huelga general, organización de la insurrección. Las asambleas van aprobando acuerdos de huelga general contra la intervención policiaca en Sajonia. Max colabora en el creciente movimiento formando brigadas de choque que recorren la zona Kloster-Mansfeld para organizar la huelga e impedir la entrada de los esquirolles a las fábricas. Han pasado sólo dos días. A las siete de la tarde del 22, Hölz, acompañado de su amigo Richard Loose, parte hacia Eisleben, donde se va a realizar un mitin importante. Forman parte de una brigada de ciclistas. En la carretera se encuentran con la policía armada, los «sipos» que el gobierno ha enviado a Sajonia. Hölz apela a su sangre fría y dirige su bicicleta hacia ellos. «Terminen con toda esa agitación, basta ya de basura comunista», le dice al oficial que responde absolutamente desconcertado con una sonrisa bobalicona. Max y sus ciclistas cruzan sin problemas el bloqueo de la carretera.

En Eisleben interviene en el mitin, donde se decide continuar la huelga. Ahí conoce a Josef Schneider, dirigente local del VKPD y editor del periódico obrero de la región. Gracias a él, Max se entera del proyecto del partido comunista de provocar un choque armado que conduzca a la insurrección. Durante esa noche, en toda la región fabril, la policía entra en las casas de los trabajadores y se practican arrestos. Los comités obreros, alertados, dan la alarma. Grupos de trabajadores intentan rescatar a los

detenidos. La consigna de Max Hölz prende durante esas horas nocturnas: «¡Armarse! Atacar a las patrullas policiales y mejorar el armamento». Hay en la región de Mansfeld ciento veinte mil huelguistas. Al amanecer del día 23 de marzo, Hölz se quita la careta ante los asistentes a un mitin. El rumor ha precedido la identificación: «¡Hölz ya está aquí!». Y Max comienza a darle forma a los grupos de combate en las afueras de Eisleben. Forma una compañía de cincuenta hombres con fusiles y tres ametralladoras. Envía enlaces a Berlín, Hannover, Brunswick y Halle (sin saber que en este lugar se encuentra Eberlein, el hombre del VKPD) pidiendo instrucciones y apoyo. «Tenía una revolución en las manos. ¿La hacíamos?». Poco dura la duda. Hölz no espera el regreso de los enlaces con la respuesta. «Comencé a organizar a los trabajadores en grupos de combate.» No descuida tampoco el financiamiento de la revolución y encarga a «cuatro hombres responsables», los que lo han acompañado desde Berlín, la obtención de fondos. Se producen los primeros asaltos a bancos, establecimientos comerciales y oficinas gubernamentales. Hölz recuerda que una buena revolución necesita buenas expropiaciones.

A pesar de que se ha coordinado con el VKPD, Max no renuncia a su independencia y a una relación abierta con todos los que están por la revolución, y entrega parte de los fondos a la dirección local del KAPD, para periódicos y propaganda. Hacia las tres de la tarde los obreros chocan contra la policía en Eisleben. El ejército de Max se compone en esos momentos de noventa hombres armados con rifles. Se decide pasar a la ofensiva. Actuarán dos

grupos. Uno atacara el seminario y otro el hospital, los dos puntos donde se han establecido los cuarteles de la policía armada. Hölz se pone a la cabeza del segundo grupo. En la ciudad hay cuatrocientos «sipos» para enfrentar a los noventa obreros. Max actúa como de costumbre, enviando primero un ultimátum tremendista. Sus mensajeros informan al jefe de la policía de que si no abandona el pueblo, éste será incendiado. Para enfatizar la amenaza, Hölz pone en llamas un edificio en las cercanías del hospital. Además, un grupo de trabajadores recorre las calles elegantes de la ciudad destruyendo las cristaleras de las tiendas para obligar a los policías a que abandonen su refugio y salgan a proteger los sacrosantos derechos de la propiedad. La maniobra fracasa ante la pasividad policiaca.

Hölz se ve obligado a ordenar que apaguen el edificio en llamas. El miniejército rojo desiste del ataque y planta sus cuarteles en Helbra. Allí la policía había atacado los locales de los huelguistas y matado a dos de ellos que se encontraban desarmados; uno era un joven de dieciséis años. La llegada de Hölz hace huir a los «sipos». La región entera está movilizada. Cientos de hechos aislados se producen; los «sipos» están a la defensiva. Corre el rumor de que Max Hölz ha sido detenido. El origen de la falsa información se encuentra en que uno de los hombres que participaron en las expropiaciones, y a quien Max ha enviado fuera de la zona de combates con el dinero y con su sello personal como identificación, ha sido capturado. La policía piensa que se trata de Max y el detenido no lo desmiente, pensando que así protege al jefe del

movimiento. Por la noche, desde los cuarteles generales del miniejército rojo, se envía a un grupo por dinamita a Leimbach. La situación fuera de la zona de combates es incierta. Tanto el VKPD como el KAPD han llamado a la huelga general nacional con la oposición de socialdemócratas y los restos del USP pero la huelga no ha sido secundada. Apenas hay unos ochenta mil huelguistas en otras partes de Alemania, incluso dentro del VKPD una facción boicotea la convocatoria con el argumento de que se trata de una aventura militar. En la zona de Leuna dos mil hombres se encierran en el complejo industrial, se levantan las barricadas. La orden de insurrección no se aprueba y el movimiento mayoritariamente dirigido por el KAPD permanece a la defensiva. En Hamburgo hay algunos choques originados por problemas laborales locales. En Halle, donde se encuentra Eberlein, se llama a la insurrección sin que haya respuesta entre los trabajadores. En Berlín hay pequeñas manifestaciones organizadas por los dos partidos comunistas. Sólo en Hamburgo, tras el primer día, el movimiento crece y hay algunos mítines masivos y tomas de los astilleros por los trabajadores.

¿Podrán los partidos comunistas extender la insurrección que se está gestando en la Alemania central? Allí, en la zona donde opera Hölz y en otros muchos centros industriales, sólo hacen falta las armas. El gobierno decide mantener al ejército en reserva y tratar de contener el brote insurreccional con los «sipos». Al amanecer del jueves 24 de marzo, los grupos de Hölz, que han aumentado hasta llegar a cuatrocientos obreros armados con rifles, pistolas, granadas y seis ametralladoras, pasan a la

ofensiva. Atacan primero Eisleben, donde los «sipos», con la moral muy baja por los acontecimientos del día anterior, se retiran dejando sus armas a los trabajadores. Hölz, años más tarde, recordaría la clave de su liderazgo: «Los trabajos difíciles los hice yo». Por la tarde se combate en Hettstedt. Los grupos de obreros armados van cercando la población, combaten en pequeñas guerrillas muy agresivas que van forzando a los «sipos» a encerrarse en el casco central de la ciudad. La lucha se prolonga hasta que anochece. Los «sipos» lanzan un tren armado contra los rebeldes. Estos no dudan y lo vuelan. El ejército rojo comandado por Hölz inicia a altas horas de la noche una última ofensiva. Se organiza un pequeño grupo de combate para entrar en el centro de Hettstedt. Avanzan sobre el cuartel policiaco volando los edificios que tienen enfrente y cubriéndose en los escombros.

Al cuarto edificio volado, en medio del estruendo (porque el mini ejército rojo no desprecia el ruido como arma psicológica en su avance), la policía armada se aterra y huye. Más armas para las milicias rojas se obtienen en la toma del cuartel. Algunos prisioneros informan a Hölz de que vienen refuerzos policiacos de Sangershausen. Son las cuatro de la madrugada. El ejército rojo se retira a Helbra. «Nadie sabe nunca qué vamos a hacer», comenta Hölz. Ésa es la clave del éxito. Movilidad y respuesta inesperada. Pero no sólo la policía armada desconoce por dónde aparecerán los revolucionarios, también ellos mismos lo desconocen. No hay plan, a no ser que golpear, retirarse, volver a golpear sea un plan. Si lo es, está dando resultados. Con las armas tomadas se ponen

en pie de lucha nuevas escuadras de combate. Hölz continúa asaltando bancos y comercios. En una fábrica reparte a los trabajadores el dinero encontrado en la caja fuerte. Ese día se produce la única comunicación que existió entre Halle y el movimiento. Es un mensaje conjunto del VKPD y el KAPD dirigido a Hölz, en el que le informan que aprueban sus actos y le piden que se mantenga. Será la única relación que el miniejército rojo tenga con los partidos que han desencadenado la insurrección.

El gobierno declara la ley marcial en Berlín. Los dos partidos comunistas llaman a la huelga general. Nuevamente sin eco. De la Alemania Central llegan noticias confusas a las direcciones partidarias. Hay un ejército rojo allí operando. ¿Quién lo dirige? Max Hölz. ¿En nombre de quién? De la revolución alemana. Pero, ¿de qué partido? No, eso no se sabe... En el Ruhr hay una respuesta más amplia, en cambio en Hamburgo se va apagando el movimiento. ¿Quién preparó la insurrección? ¿Cuál insurrección?

El 25 de marzo, al atardecer, el ejército rojo ataca Eisleben nuevamente. Ahora sí la ofensiva desmorona las defensas de la policía. Se ocupa el ayuntamiento. Vuelan la casa del almirante Ever. Encuentran en ella armas en abundancia y documentos de las organizaciones paramilitares de derecha. Se lo llevan de rehén. El ejército rojo se retira a Wimmelburg. Ahí se concentran algunos grupos de obreros de otras zonas, incluso algunos enviados por Eberlein desde Halle. Hölz tiene bajo su mando 2,500 obreros armados. La movilidad, siempre la movilidad. Un par de horas después de haberse concentrado en Wimme-

lburg, se mueven hacia Tautschental, donde Hölz pretende concentrar su ejército y unirlo al de los trabajadores de Leuna. Los «sipos» entran en Wimmelburg a sangre y fuego una vez que los rojos han abandonado la ciudad. Se asesinan obreros indefensos. Los «sipos» controlan Eisleben, Hettstedt. ¿Sirve esto de algo? No hay guerra de posiciones, toda la región es escenario de combates. No sólo actúa el ejército rojo de Hölz, también brigadas sueltas de huelguistas que se han armado y un pequeño ejército rojo dirigido por un «amigo de Max», Torgler. Si los obreros de Leuna abandonan la concepción defensiva en la que se encuentran, la insurrección puede crecer enormemente. En Halle el VKPD hace esfuerzos enormes para extender el movimiento, pero siguen siendo acciones minoritarias: se vuelcan tranvías, se producen algunas explosiones.

El sábado 26 de marzo, al cuarto día de combates, nadie es capaz de explicar la situación. Los «sipos» han tomado Mansfeld, pero la clave no es dominar terreno sino poner al enemigo a la defensiva. Para la policía, el controlar una ciudad obrera la obliga a destacar en ella fuerzas y mantener vigilados a los trabajadores. Para el miniejército rojo, tomar una zona obrera es un acto de propaganda, una forma de obtener recursos económicos, más fusiles de los policías derrotados con los que armar a los obreros de las fábricas locales, un punto de apoyo. Ese día se avanza sobre Sangershausen. Tienen pensado comer allí. Media hora después aparece un tren con soldados. Se producen duros combates en la estación, Hölz y sus hombres se ven obligados a contener su ataque por miedo a quedarse sin munición. Los soldados son derrotados y dejan en manos

EL ESTILO HÖLZ

de los rebeldes rifles y una ametralladora. El tren abandona Sangershausen. Esa misma noche el ejército rojo hace lo mismo. El gobierno socialdemócrata declara en Berlín: «No se negocia con obreros armados». Otros grupos obreros enviados por el VKPD combaten y toman Tautschental dirigidos por los comunistas Lembke y Bowitzki. Se encuentran desconectados de la organización, no saben dónde está el ejército de Hölz.

El domingo 27 el ejército de Hölz se encuentra descansando en Schraplau. Ahí, con toda formalidad, se paga a las tropas obreras un pequeño salario. Al final del domingo, después del primer día sin combates en una semana, se decide ponerse en movimiento. El ejército rojo se encuentra desde el primer día motorizado. Camiones con banderas rojas y ametralladoras. En la noche se avanza hacia Ammendorf. Se trata de concentrar al grueso de las partidas de obreros en armas que existen en la región y de que se les incorporen ahí los obreros de Leuna. Con esto se podría levantar un ejército rojo de más de quince mil trabajadores. El complemento será la obtención de la artillería que se encuentra en Halle. Esos cañones podrían ser rescatados mediante un ataque sorpresa. Ambas operaciones se deciden antes de la marcha nocturna. El día 28 será la jornada clave de la insurrección en la Alemania central. En la mañana del 28 se espera ansiosamente a los hombres de Leuna que traerá Lembke. Sobre todo las municiones que deben llegar, y que escasean entre los obreros. Se decide iniciar la operación sobre Halle, no perder el factor sorpresa. Dos mil soldados rojos avanzan en un inmenso abanico sobre la ciudad de Halle en un frente

de más de tres kilómetros. Un par de kilómetros antes de llegar a las afueras de la ciudad se producen los primeros choques con los «sipos», Hölz ordena que se rehúya el combate a la espera de las municiones y los refuerzos. Los «sipos» van cercando a los trabajadores. Cuando al fin aparece Lembke con las municiones no hay tiempo de repartirlas. Hölz se dirige a la vanguardia para dar el aviso. Comienza el combate. Su presencia impide que se produzca una desbandada. Cuando regresa a la posición donde está la dirección del pequeño ejército, casi cae en manos de los «sipos». Unos mineros lo ocultan medio desmayado en una bocamina de carbón. Cuando al fin sale, ya repuesto, busca a sus hombres cerca de Groebers. No los encuentra. Se da de narices en cambio con el grupo de combate de Gerhard Tiemann, un comunista de Werdau que dirige obreros de Bitterfeld y Holzweisig. Acaban de derrotar en Groebers a los «sipos». Anochece el día 28.

A lo largo del martes, Hölz trata de recuperar contacto con el ejército rojo acaudillando la partida de Tiemann. Se encuentra al financiero de la revolución Josef Schneider y distribuyen grandes cantidades de dinero entre los obreros de los pueblos por los que pasan. Se dice que el ejército de Hölz se encuentra en Mansfeld. Hacia allá se dirigen. Sin que Hölz lo sepa, ese mismo día la policía asalta el complejo industrial de Leuna donde los obreros habían permanecido a la defensiva con las fábricas ocupadas. Hay cuarenta trabajadores muertos. En Berlín también se producen otros acontecimientos trascendentes para el movimiento: el Comité Central del VKPD discute si debe continuar el llamado a la huelga general o

impulsar la rebelión. Se decide darle dos o tres días más a la acción y luego, si no hay cambios, tratar de levantar el movimiento ordenadamente. ¿Cuál movimiento? Las fuerzas movilizadas están fuera de su control. El grupo de Hölz continúa vagando por los pueblos industriales. Es un gran espectáculo: banderas rojas, camiones con obreros armados de fusiles. Un vehículo blindado al frente con ametralladoras en el que viajan Hölz y su financiero. Asaltos a las fábricas, a las pequeñas estaciones de policía. La dinamita abre las cajas fuertes de las empresas; asaltos a oficinas de correos, bancos, comercios, casas de grandes burgueses, confiscación y reparto de víveres. Eso es sin lugar a dudas el fin del mundo, la revolución. Robin Hood ha llegado. El grupo de Hölz crece.

El día 30 combate en Wittin contra la milicia, los derrota. Reparte entre los trabajadores treinta mil marcos. Al día siguiente atacan y toman Besenstedt. Se reparten alimentos y ropa confiscados de la mansión de un terrateniente. Se llega así al viernes primero de abril. Esa mañana el VKPD llama a levantar la huelga general. Hay siete mil detenidos en la Alemania central y todavía más de tres mil trabajadores en armas fragmentados en pequeños grupos. La labor de los «sipos», reforzados por unidades militares que han llegado del sur de Alemania, es impedir que los pequeños grupos vuelvan a reunirse y levanten de nuevo un ejército. El plan de Hölz, que dirige un grupo de unos cien hombres, era llegar hasta el distrito de Mansfeld y, si no había noticias de los partidos comunistas, desbandarse tratando de ocultar las armas. Schneider se había fugado en la noche anterior con los fondos pro-

ducto de las expropiaciones. No ha podido obtener noticias de dónde se encuentra la fuerza más importante del ejército rojo. ¿Sigue en pie? ¿Ha sido derrotada?

A mediodía la escuadra armada sale de Eiesens-tedt. A cinco kilómetros de ellos hay un gran cordón policiaco. Los revolucionarios montan sus ametralladoras. Faltan municiones. Comienza el tiroteo. «Ni uno de nosotros pensó en salir vivo de esa batalla.» Veinte hombres del grupo de Hölz caen muertos en el enfrentamiento. Algunos logran cruzar a nado el río Saale; Hölz y Tiemann entre ellos. Todo el campo está lleno de patrullas de la policía. Ocultan sus armas y tratan de romper el cerco. En Koernern son detenidos por milicias blancas. Hölz dice llamarse Reinhold König. En medio del caos, Max queda detenido con cientos de trabajadores más. Nuevamente la revolución se ha escapado de sus manos. Hölz piensa en los escasos días de gloria, mientras la policía apalea a sus compañeros en las celdas vecinas. Otra vez fracasó la revolución. «Será la próxima», se dice Max. «¿Dónde está Max Hölz?», preguntan los policías a los trabajadores mientras los torturan. Nadie lo delata a pesar de las palizas. Cientos de hombres saben que él es Max Hölz y ese secreto compartido no se filtra a los policías. Nuevamente el pez en el agua, aunque sea agua encarcelada. El propio Max responde a la pregunta sobre el paradero de Max Hölz. Dice simplemente: «No lo sé». Exige que lo juzguen, él no ha combatido. Tiemann es apaleado por los policías, Max interviene para impedirlo y recibe varios culatazos. El 3 de abril Max es liberado. No hay cargos contra el tal König. En la confusión, abandona la cárcel,

huye de la región y llega a Berlín. El precio por su cabeza es en esos días de 185.000 marcos.

IX

Max no cree en la suerte. Todos los que lo conocen creen en la magia. Comienza a correr el rumor en la Alemania central de que Max Hölz se le ha ido de entre las manos a la policía. Sin embargo, las cosas no son fáciles para él. Pasa su primera noche en Berlín caminando por las calles, no encuentra a nadie que quiera ocultarlo, tiene que dormir al aire libre. El hombre que siempre ha tenido amigos, ahora no los encuentra. Sus redes están quemadas. Tras el atentado contra la estatua en Berlín de hace dos semanas (¿sólo dos semanas?), el espacio militante ha desaparecido bajo los pies de Hölz. Sus relaciones con el KAPD y el VKPD son las de un extranjero que los encuentra en el camino, no puede utilizar su aparato.

En la segunda noche, milagrosamente enlaza con una pareja de camaradas que aceptan ocultarlo. La policía de toda Alemania lo busca. No saben aún que lo tuvieron detenido y lo libraron por error. Hölz comienza a meditar en cuáles serán sus próximas acciones. El VKPD hace su primer balance del movimiento derrotado: «La dirección militar no ha actuado en concordancia con la dirección política». Max Hölz no puede reprimir las carcajadas ¿Cuál dirección política? ¿De qué están hablando? Comienza a rehacer sus redes informativas. Le cuentan que durante el movimiento, en Leipzig se hicieron expropiaciones utilizando su nombre, incluso se entregaron recibos fir-

mados por Max Hölz. Max sabe quiénes fueron. Localiza en Berlín al grupo y les exige que entreguen el dinero al KAPD para labores de propaganda y para la defensa y apoyo a los presos. Se cita con un tal Henke, que ha estado vinculado a estas acciones, en la Rankeplatz de Berlín. Henke no aparece, en cambio sí lo hace la policía. «¡Alza las manos!», le grita un policía mostrándole el revólver. Max protagoniza su último acto de resistencia. No levanta las manos, tampoco huye. No alzó las manos en su día en Koerners o Sangershausen, no, no lo va a hacer ahora. «Mi arresto no fue una sorpresa. Lo esperaba cada día».

X

Durante las siguientes cuarenta y ocho horas la policía lo tortura. La suerte se ha terminado. Max Hölz la ha estirado tanto como ha podido. Ya no da más de sí. La prensa celebra la caída del dirigente revolucionario. Hasta el día de la audiencia se niega a hacer declaraciones públicas. Lo presentan ante un tribunal especial. Él es uno más de los cinco mil obreros que han sido juzgados en Berlín y en la Alemania central. Se le acusa de robo, alta traición, secuestro, incendio, asesinato de un terrateniente, destrucción de un ferrocarril. Todos los testigos que pretenden declarar a favor de Hölz son enviados junto con él al banquillo de los acusados. El KAPD le consigue un abogado y organiza su defensa. El VKPD en cambio, abandona a Hölz en el tribunal; el presidente del partido comunista mayoritario declara que Max no es miembro del partido, y que su organización repudia la violencia individual, que es inaceptable.

La fiscalía utiliza esta declaración para acusar a Hölz de gangsterismo. Max se defiende: «La violencia es un recurso social, no es un fin en sí misma». Acepta todos los cargos menos el haber asesinado al terrateniente Hess, capitán de guardias blancas. Afirma que él ordenó que no lo fusilaran. Que él ni siquiera fue testigo de los hechos. El tribunal lo condena a cadena perpetua. Hölz tiene su última posibilidad de hablar en público, la aprovecha para gritarle a los jueces: «Vendrá el día de la libertad y la venganza. Entonces nosotros seremos los jueces. ¡La justicia es una puta y ustedes son sus chulos!». Max Hölz sale del edificio del tribunal empujado por las culatas de los fusiles de los «sipos».

XI

Poco después del juicio, una vez salvadas las responsabilidades del VKPD, la Internacional Comunista, en su III Congreso (junio de 1921), emite una declaración pública sobre Max Hölz. No se avalan sus actos en la insurrección de marzo, pero se trata de capitalizar propagandísticamente su figura: «La IC es adversa al terror y a los actos de sabotaje individual que no ayudan directamente a los objetivos de combate de la guerra civil y condena la guerra de francotiradores llevada a cabo al margen de la dirección política del proletariado revolucionario. Pero la IC considera a Max Hölz como uno de los más valientes rebeldes que se alzan contra la sociedad capitalista [...] El congreso dirige por tanto sus saludos fraternales a Max Hölz, lo recomienda a la protección del proletariado ale-

mán y expresa su esperanza de verlo luchar en las filas del partido comunista por la causa de la liberación de los obreros, el día en que los proletarios alemanes derriben las puertas de su prisión».

Notable documento. Max es acusado de haber actuado en forma muy similar a la del VKPD dirigido durante marzo en Alemania Central por Hugo Eberlein. Pero no ha de ser esta declaración la que preocupa a Max Hölz en la prisión mientras comienza a sufrir un encierro para la eternidad. Los primeros meses, sigue siendo el proletario rabioso de siempre, con la violencia a flor de piel. Un día se indigna ante una respuesta cínica que le da el director del penal de Sonneburg donde se encuentra encarcelado y le escupe después de abofetearlo. La agresión le cuesta cuatro semanas de confinamiento en solitario. Y no será ésa la única vez en que escupa a un guardián de prisiones. Para millares de trabajadores, Max es la figura, el hombre que representa sus mejores sueños, el gran vengador de todas las injusticias. A la prisión de Sonneburg comienzan a llegar visitas desde todos los lugares de Alemania, llegan cartas y paquetes en tales cantidades que la administración postal local está desbordada.

El partido comunista se hace cargo de su defensa y organiza un comité de intelectuales en el que participen Thomas Mann y Ernst Toller, que infructuosamente tratan de que se revise el proceso. Poco consuelo es para Max. La prisión lo enerva, lo destruye. La inacción lo consume. Se va debilitando, ablandando. Tras los primeros cinco años de cárcel comienza a escribir cartas al gobierno solicitando la amnistía, chantajea al KAPD recordándole

que una parte de los fondos expropiados fue a dar a las arcas del partido y les pide que se muevan para sacarlo de la cárcel. Max necesita el aire libre, ¿Para qué sirve un revolucionario sin revolución? En la cárcel él no es Max Hölz, es otro hombre débil e inútil, una sombra que camina un recorrido sin fin consumiendo el suelo de la celda. Así se suceden siete penosos años. A diferencia de otros revolucionarios radicales, el paso por la prisión no le ha servido para cultivarse políticamente. En la cárcel apenas si lee y se limita a ejercitarse físicamente y a dar largos paseos. Tiene todo el tiempo del mundo para recordar los agitados meses de combates que transcurrieron de noviembre de 1918 a marzo de 1921. Siete interminables años recordando.

XII

Al fin, el 14 de julio de 1928, el gobierno alemán concede una amnistía a los presos políticos. Max Hölz vuelve a la calle. Le faltan tres meses para cumplir los treinta y nueve años. Su liberación se vuelve una gran fiesta. El KPD (las siglas partidarias que vuelve a adoptar el movimiento comunista en Alemania y donde se han reagrupado la mayoría de los militantes que siguen las directrices de Moscú) pasea a su héroe, se suceden los mítines, los festivales, los agasajos. Max se encuentra en la calle, pero no en la calle conspirativa de antes, no en la preparación de las nuevas acciones. Es más bien el gran elefante de un circo propagandístico. «Durante un año el KPD lo utili-

zó como cartel publicitario, paseándolo en giras de conferencias donde relataba su vida [...] Dejó de constituir una sensación cuando su fuerza de atracción comenzó a declinar, a la misma velocidad que aumentaba su espíritu de independencia», recordará más tarde una militante del aparato del KPD.

Los tiempos son otros. El KPD ha crecido enormemente, se ha convertido en un gran aparato, una gran fuerza electoral. El partido tiene una organización de choque, el Frente Rojo, que combate regularmente a los grupos nacionalistas, en particular a los nazis, en un país que comienza a ser azotado por una brutal crisis económica. En ese año Max escribe su autobiografía, pero no encuentra su espacio político en las nuevas situaciones, y le falta vigor para iniciar desde la base, escindir-se del KPD y comenzar a preparar la próxima revolución, tan necesaria como siempre. Ha sido un revolucionario profesional, luego ha estado siete años desconectado de la vida diaria de su clase viendo el mundo o dejando de verlo desde una celda en la prisión, y luego un año de festejos y gloria barata. Las bases del Frente Rojo lo consideran su héroe, pero la dirección no le permite unirse a la organización paramilitar en el trabajo diario. Para el KPD, Hölz es una buena leyenda cuya mayor virtud es que no se inmiscuya en el funcional aparato partidario, que no estorbe. En el fondo no se le tiene aprecio, su historial de 1918-1921 hace desconfiar a los jefes de la disciplinada organización. Hölz es cada vez más un héroe de juguete, «un héroe corrompido» (como lo llamará su biógrafo Phillip). Max busca salidas en los espacios personales, se vuelve

un mujeriego que utiliza su gloria para hacer conquistas fáciles al final de los mítines y acostarse con sus admiradoras. Se divorcia de Clara y se une a Ada, ex esposa de un periodista de un diario de derecha. Se torna irascible, todo lo enfada y no encuentra con quién pelear.

Si Max Hölz se viera con los ojos de 1921, diría que este hombre «ya no es de los nuestros». El KPD resuelve el problema del héroe incómodo y lo envía a Moscú. Ahí Hölz se entierra vivo en las labores de un burócrata partidario, vive en el hotel Lux, donde se encuentran los funcionarios de la Internacional Comunista, y acepta la asignación de rutinarias tareas menores. Se hunde en el auto desprecio. Ya no es más, aunque así hablen de él, un «revolucionario proletario». En 1932 sale de la crisis depresiva en la que se encuentra y parece recobrar el gusto por la vida. Juega a fútbol con un equipo de obreros en una liga industrial en Moscú (¿en qué posición?, ¿portero?, ¿delantero? Es difícil imaginar a Max como defensa). Lleva una doble vida sentimental. Durante el día, la fiesta y las múltiples relaciones con mujeres; en los atardeceres, un esposo amante que hace vida hogareña con Ada. En el verano del 33 Max es convocado a una reunión por un alto funcionario del KPD en Moscú. Max se preocupa. Tiene razón. Lo critican por el modo de vida que ha llevado, su «falta de disciplina partidaria». Hölz les pide que lo envíen a Alemania para hacer trabajo clandestino; no le hacen caso. Hölz apela a las más altas autoridades de la Internacional Comunista. Se entrevista con Manuilski, que le comunica que la IC le ha autorizado el regreso a Alemania para hacer trabajo militar clandestino contra el

ascenso del nazismo. Max llora de emoción. Volverá a la lucha. Manuilski le pide que entregue su pasaporte.

Max lo hace. El tiempo pasa, el trabajo prometido no llega. En Alemania los nazis están en el poder. Arde el Reichstag; es el pretexto para la cacería de los militantes del KPD, los socialistas y los sindicalistas. El Frente Rojo se derrumba. Ya es tarde. Hölz se avergüenza ante sus compañeros de la inactividad en la que se encuentra. Para los emigrados alemanes, para los resistentes en la clandestinidad, Hölz es el futuro general revolucionario de Alemania, ¿por qué no está en la línea de fuego? Hölz se siente obligado a actuar. Su pasado lo arrastra, ¿hacia dónde? Vuelve a solicitar oficialmente a la Komintern que lo envíe a Alemania para realizar trabajo clandestino contra los nazis. El KPD contesta que Hölz no es el indicado, es demasiado conocido y muy popular, lo descubrirían rápidamente. Hölz tiene una entrevista muy violenta con Heckert, dirigente del KPD en Moscú:

«— ¿Soy entonces prisionero en la Unión Soviética?

»— Sin permiso oficial, tú puedes hacer lo que quieras.

»— Pero no tengo pasaporte.

»— Eso es cosa tuya».

¿Por qué no le permiten ir a Alemania? La dirección del KPD tiene miedo de que Max logre reorganizar la resistencia comunista en el interior de Alemania y ésta escape al control de la burocracia emigrada. Lo prefieren inútil y cerca de ellos. Max, absolutamente desquiciado, se dirige a la embajada alemana en Moscú. Pide una entrevista con el embajador nazi Pfeiffer, quien lo conoce va-

gamente y está al tanto de su fama, y pide que lo envíen a Alemania, quiere repatriarse. Los nazis piensan que se trata de una provocación. Pfeiffer le pregunta: «¿Es usted judío?», Hölz responde: «Cuando me preguntan con ese tono si soy judío, me siento judío; por lo demás soy ario». El embajador responde formalmente a la petición diciéndole que tiene que cursarla por los canales burocráticos. Hölz abandona la embajada.

Durante los siguientes días se siente vigilado, perseguido. Llega a un estado cercano a la paranoia. Sus amigos le dicen que no haga más tonterías. El clima político en la URSS no es bueno. La policía política es ama y señora de las vidas diarias de rusos y emigrados. La oposición ha sido encarcelada y desterrada. Max decide sincerarse con Manuilski, pide una nueva entrevista, le cuenta al dirigente de la IC lo que hizo en la embajada alemana. Asegura que lo hizo para poder volver a Alemania y combatir a los nazis, insiste en que es la pasividad la que lo ha desquiciado, vuelve a insistir en que reclama un destino en el trabajo clandestino. Manuilski le responde pidiéndole tiempo. Días después le comunica que el KPD y la Internacional han decidido que se quede en la Unión Soviética. Le ofrecen un empleo como director de una empresa constructora estatal, tiempo completo, buen salario; pero no el regreso a Alemania.

Max quiere congraciarse con la Internacional Comunista, y aunque no acepta el empleo, se acerca a la dirección del KPD para denunciar a amigos suyos que han hecho críticas a la política del partido. Algunos de sus camaradas son desterrados o encarcelados a causa de sus

denuncias, pero la GPU no se contenta con eso. Comienza a cercarlo. Detienen al yugoslavo Olrom, uno de los pocos amigos que le quedan y que ya había ido a dar con sus huesos a la Lubianka por defender a Hölz. Max trata de salvarlo, escribe una carta a Stalin exigiendo su liberación y que a él lo envíen a Alemania para combatir a los nazis; termina la carta advirtiéndole que si las cosas siguen igual se encerrará en su cuarto de hotel con un revólver, resistirá a la policía política mientras quede una bala y la última la utilizará para «poner fin a su despreciable vida». Mientras espera respuesta a su carta, tiene un enfrentamiento terrible en el bar de un hotel con un grupo de periodistas extranjeros que hacen críticas a la Unión Soviética. A gritos les advierte que los matara, muestra el revólver. La GPU lo obliga a entregar su pistola. Hölz lo hace. Ya no tiene pasaporte, ya no tiene partido, ya no tiene revólver.

Para el KPD ha llegado el momento de liquidarlo. Heckert lo cita y le muestra un dossier secreto sobre él. En ese expediente hay copias de cartas de Max al gobierno alemán pidiendo la amnistía, críticas al partido en cartas a sus amigos, correspondencia donde chantajea al KPD exigiendo que actúe para sacarlo de la cárcel o hará públicas historias sobre las acciones de marzo del 21, que el partido preferiría que no se conocieran; denuncias hechas a la GPU por contrabando; denuncias contra él por cohecho de empleados, denuncias policíacas sobre abusos cometidos por Max utilizando su inmunidad revolucionaria. Max Hölz, el hombre que dirigió la revolución en Alemania central en 1921, se desploma. Le ponen enfrente una carta en la que avala la política del KPD en los

últimos años. Hölz, sin mirarla, la firma. En los próximos meses centenares de militantes y funcionarios partidarios se verán obligados a firmar la misma carta. Max pide que le permitan lavar sus culpas en la lucha clandestina en Alemania. Los burócratas del KPD le informan que ha sido destinado a un pueblo cerca de Gorki para realizar un trabajo administrativo en una industria soviética. Max baja la cabeza. Ha sido derrotado. Por primera vez, ha sido totalmente derrotado.

XIII

En los primeros días de septiembre de 1933, unos niños descubren asombrados un cadáver flotando en las aguas del río Oka. Se trata de un hombre fornido, de entre cuarenta y cincuenta años; su rostro está desfigurado por los golpes. Los niños avisan a los milicianos de la cercana ciudad de Gorki y estos rescatan al muerto. El cuerpo es identificado como el de Max Hölz.

La prensa soviética informa de que «el gran revolucionario alemán Max Hölz se ha ahogado en las cercanías de Gorki de manera accidental». En la versión oficial se decía que Max había estado con unos amigos hasta las diez de la noche y que de su cuaderno de notas se desprendía que tenía una cita con una trabajadora en la estación eléctrica de Gorki. Para cortar camino había tratado de cruzar el Oka, un pequeño afluente del Volga, en un bote, y que al ser sorprendido por una tormenta, la barca se había volcado y él se había ahogado.

Pero en medio de la versión oficial, el rumor se abrió paso. Días antes de su muerte, Max Hölz había confesado a un grupo de amigos que tenía miedo, que sabía que pronto iban a intentar matarlo. En ese momento sus amigos lo atribuyeron al terrible estado nervioso en que Hölz se encontraba. Ahora lo recordaban. Pero este era un dato menor. Pronto se supo que, horas antes de que el cuerpo apareciera en el Oka, un par de agentes de la GPU, ayudantes personales de Yagoda, habían entrado en el hotel Metropol, registrado el cuarto de Max, recogido sus papeles personales y sellado su maleta. A las preguntas del encargado, respondieron con un: «Hölz sale de viaje por un tiempo, guárdele la maleta».

En los círculos de la militancia comunista europea en Moscú comenzaron a circular nuevas informaciones que ponían en ridículo la información oficial: Hölz nunca había tenido cuaderno de notas. Esa noche no había habido tormenta alguna en el Oka. Nadie dejaba su bote en la ribera del río para que el primero que pasase lo cogiera y, por último, Max era un excelente nadador. El KPD y la IC hicieron circular una nueva versión: Hölz se había ahogado con otras cuatro personas en un naufragio accidental. Ésta fue peor que la anterior. Trabajadores alemanes que vivían en Gorki reafirmaron que la noche de la muerte de Max, el Oka era un riachuelo apacible; este rumor corrió como reguero de pólvora. Una explicación médica oficial trató de acallar los rumores sobre las heridas en el rostro de Hölz diciendo que las piedras del fondo del río lo habían golpeado después de muerto. Dos médicos del KPD hicieron circular una contra versión subterráneamente:

EL ESTILO HÖLZ

Hölz tenía el cuero cabelludo muy grueso, no había fractura y cuando un cadáver recibe golpes en la piel, las laceraciones no aparecen hasta que se inicia el proceso de descomposición.

Por lo tanto: Hölz había recibido los golpes antes de ahogarse. Para nadie quedaron dudas. El triste presentimiento de Max se había cumplido: la GPU lo había asesinado. La forma en que Max Hölz encontró la muerte no impidió que la Internacional Comunista organizara un aparatoso entierro el 9 de septiembre de 1933 para despedir al «gran revolucionario alemán». Buena parte de los asistentes desfilaron en silencio ante el féretro. Negras nubes sobre sus cabezas. Varios de ellos serían «purgados» en los próximos cuatro años.

XIV

En el futuro inmediato, Max Hölz fue considerado por los socialdemócratas un aventurero peligroso, por los comunistas oficiales un irresponsable y un traidor, por la izquierda comunista un anarquista y por los anarquistas un leninista. Los que combatieron a su lado fueron masacrados por el nazismo y los campos de concentración estalinistas. Su nombre y sus historias se perdieron en el olvido.

XV

En la década de los ochenta, la burocracia postestalinista de Alemania oriental decidió realizar un rescate descafei-

nado de Max Hölz y en la ciudad de Hettstedt, territorio de sus correrías, colocó una estatua del personaje en una de las plazas. En marzo del 90 triunfaron los conservadores de la CDU, tras las primeras elecciones después de la caída del Muro de Berlín, y una de sus primeras acciones fue la retirada de la estatua para depositarla en el sótano del museo. Una pequeña nota apareció en la prensa nacional. Un grupo, aún hoy anónimo, viajó hasta Hettstedt y en una operación relámpago nocturna «liberó» la estatua. Las leyendas dicen que fue encontrada más tarde en una casa ocupada de Halle, pero el hecho es que la estatua fantasmal hasta hoy está desaparecida. Miriam Lang me cuenta que en ese mismo año, 1990, en la Mainzerstrasse, en Berlín, en una zona de casas ocupadas por el movimiento, se creó una librería de viejos, la Max Hölz, y que durante una intervención policiaca que desalojó a los ocupantes, tras un saldo de tres días de combates callejeros y que produjo trescientos detenidos, terminaron tomando la librería.

Los policías entraron en la Max Hölz y comenzaron a tirar al suelo las estanterías, patearon novelas de aventuras y ensayos sobre la anarquía, destruyeron folletos de poesía y manuales de contracepción y biografías, pisotearon ensayos y revistas y finalmente organizaron concurso de tiro y comenzaron a disparar sobre los libros. Max hubiera sonreído ante tal hazaña. Es más, desde las páginas de un folleto donde se cuentan sus hazañas, perforado ahora por las balas, Max Hölz nos sonrío.

Notas sobre las fuentes informativas

La investigación se inició en 1981 a partir de una nota de pie de página encontrada accidentalmente en *Hammer or Anvil*, el libro de Evelyn Anderson sobre la revolución alemana, editado en Londres en 1945, y pudo proseguir cuando un año más tarde localicé la autobiografía de Hölz: *From white cross to red flag* (J. Cape, Londres, 1930) en la biblioteca pública de Nueva York. A partir de este momento, sólo pude desarrollar el trabajo gracias a la colaboración desinteresada de media docena de amigos y colegas. Gerardo Baumruker me consiguió el excelente trabajo de Rudolf Phillip: *Max Hölz, der letzte deutsche Revolutionär* (Zurich, 1936) en la biblioteca pública de Munich. Un año más tarde localicé y fotocopié en Nueva York y Berlín una serie de folletos claves para este trabajo; los de Erich Mühsam: *Gerechtigkeit für Max Hoelz*, Berlín, 1926; Egon Erwin Kisch, *Sieben Jahre Justizskandal*, Berlín, 1928, y del mismo periodista checo: *Max Hoelz, Briefe aus dem Zuchthaus*, Berlín, 1927, y un folleto anónimo más; *Hoelz's Anklagerede gegen die bürgerliche Gesellschaft*, Leipzig, 1921. El material básico lo completé cuando en una librería anarquista en Alemania localicé el folleto biográfico *Max Hölz*, de Ludwig Bergmann. No hubiera podido avanzar si no hubiera sido por la enorme ayuda que me dieron Guillermo Pohorille y Carlos Maya traduciendo los textos del alemán, idioma que desconozco. Tres traba-

jos pusieron en perspectiva las acciones de Hölz: *Stillborn revolution*, de Werner T. Angress (cuya fotocopia me consiguió Leo Durañona de la biblioteca de la Hofstra University), *La izquierda comunista en Alemania*, de Jean Barrot y Denis Authier (que me regaló Chema Cimadevilla en Gijón), y los artículos de Hermann Remmele, «The proletarian struggle for power in Germany», editados en las nuevas series de *Comunist International*, núms. 2 y 3. En 1983, en plena cacería de la historia de Hölz, encontré en la Biblioteca del Congreso de Washington el capítulo que le dedica J. Book en su libro *Furstar och rebeller* (Estocolmo, 1930), pero de poco me hubiera servido sin la ayuda de Raquel Settels, quien me lo tradujo del sueco. Tres libros fueron útiles para proporcionar pequeños detalles: la *Historia de la Alemania contemporánea*, de Gilbert Badia, el tomo I de la *Revolución en Alemania*, de Pierre Broué, y la *Historia del Komitern*, de Margarete Buber-Neumann. Por último, la declaración sobre Hölz de la IC se encuentra en las actas del III Congreso, reproducidas en *Los cuatro primeros congresos de la IC (Pasado y presente)*. La historia de la estatua desaparecida me la contó Malte. Como puede verse, si hubo alguna virtud en este trabajo, estaba inspirada en las enseñanzas del estilo Hölz: mucha terquedad y muy buenos amigos.

Paco Ignacio Taibo II

Periodista, autor de novelas históricas y policíacas, además de fundador y director del festival multicultural “Semana Negra”, de Gijón. Radica en México desde 1958, donde desarrolla toda su carrera de cronista, historiador y escritor. Cuenta con más de 50 títulos publicados, entre los que se incluyen cuentos, comics, ensayos y reportajes.

Entre los más conocidos se encuentran: *Héroes convocados: manual para la toma del poder* (1982), que obtuvo el Premio Grijalbo de Novela; *Bolcheviques. Historia narrativa de los orígenes del comunismo en México 1919-1925* (1987), Premio Francisco Javier Clavijero; *Cuatro manos* (1991), con los premios Internacional Dashiell Hammett y el Latinoamericano de Novela Policiaca y Espionaje; *La lejanía del tesoro* (1992), Premio Internacional de Novela Planeta-Joaquín Mortiz; *Ernesto Guevara, también conocido como el Che* (1998), Premio Bancarella, y *Pancho Villa* (2007). Sus más reciente publicaciones son: *El Retorno de los Tigres de la Malasia*, *Los libres no reconocen rivales* y *El Álamo* publicados por Editorial Planeta.

Este libro se imprimió en la Ciudad de México en
el mes de julio del año 2015.

Distribución gratuita, cortesía de la
Rosa Luxemburg Stiftung y
Para Leer en Libertad A.C.

Queda prohibida su venta.
Todos los derechos reservados.